COMEDIA.
LA FUERZA LASTIMOSA.
DE LOPE DE VEGA CARPIO.

PERSONAS.

La Infanta Dionisia.	Clenardo, Secretario del Rey.	Felipe, y Tereo, Criados.
El Conde Enrique.	Celinda, Dama de la Infanta.	Dos Pescadores.
El Duque Octavio.	El Marqués Fabio.	El Conde de Barcelona.
El Rey de Irlanda.	Doña Isabél, muger del Conde.	Lucindo y Fenicio, Soldados.
Belardo, y Octavio.	Don Juan, Niño, su hijo.	El Capitan Carlos, Español.

JORNADA PRIMERA.

Salva, sale la Infanta Dionisia de caza con un venablo en la mano.

Dionis. Si por sendas tan estrechas
al ligero viento igualas,
que yo soi viento sospechas,
ò muestras que llevas alas
en las plumas de mis flechas.
Parate, Ciervo, un momento,
à ver mi cansancio atento,
si algun descanso te dá;
piensas que siguiendo vá
tu curso mi pensamiento?
Sale Enr. Enramadas arboledas,
yedras, que las vais vistiendo,
y por sus ramas te enredas;
aguas, que estando corriendo,
parece que os estais quedas.
Veis aqui un hombre dichoso,
si no estuviera confuso;
pero el punto venturoso
en que mi Estrella me puso
tiene el fin dificultoso. *Veense.*
Dion. Enrique? *Enr.* Señora mia,
no en valde esta fuente hermosa
sus margenes excedia,
y como envidia la rosa
mas vivo color tenia.
No en valde este claro rio,
detenido entre esas piedras,
paraba su curso frio,
y abrazaban esas yedras
ese Olmo, retrato mio.
Dion. Mucho aquestas soledades
me obligaban que te diga
del alma grandes verdades.
Enr. Harto mas mi fé te obliga,
si à mí no te persuades.
No mires à tu valor,
aparta de tu grandeza
los ojos de mi favor,
que no viendo mi baxeza,
es la distancia menor.
De amor las ciertas señales,
es igualar desiguales,
que en su mano celestial
tiene una balanza igual,
que hace las almas iguales.
Dion. Conde, si tanta humildad
os detiene mi valor,
para tener igualdad,
pensaré de vuestro amor,
que no me tratais verdad.
Que como no he de tener
en pensamiento jamás,
que menos pudiste ser,
vos os habeis de atrever
à pensar que no soi mas.
Enr. O divino entendimiento,

por qué camino ha igualado
su amor, y mi pensamientó!
Ya su grandeza ha animado
mi cobarde átrevimiento.

Dion. Dexemos divinidades,
y á la grandeza humanemos:
desnudemos las verdades,
y si es posible, juntemos
à un alma dos voluntades.

Enr. Decid, mi bien, que aqui estoi.

Sale Octav. Siguiendo mi muerte voi,
perseguido de una fiera,
ignorante Adonis soi.
Quién ha visto que el que caza
vaya de la fiera huyendo,
como del toro en la plaza,
sino yo, que voi siguiendo
la que mi muerte amenaza?
Qué fuerza puede tener
contra un hombre una muger?
Pero pues que vence à un hombre,
sin duda es fuerza del nombre,
que no valor de su sér. *Vé à la Infanta.*
Ay, enemiga! aquí estás?
Dexame, Amor, que publique
mi pena esta vez no mas:
mas aquí está el Conde Enrique.

Enr. Esa palabra me dás?

Hablan los dos à parte, y escuchalos el Duque sin que le vean.

Dion. Esta palabra te doi.

Octav. Palabra se dán, qué escucho?
aqui mas oculto estoi.

Dion. Puedo hacer mas? *Enr.* Eso es mucho.

Dion. Tu muger digo que soi.

Octav. Cómo (ay Cielos!) que la Infanta
confiesa que es su muger?

Enr. Prenda mia, en merced tanta
el callar al responder
muchas leguas se adelanta.
El diga lo que yo digo,
pero sin gusto del Rey,
ya sabes que el viento sigo,
y que antes por justa ley
me amenaza su castigo.
Quién os ha de dar consejo?

Dion. No quererme yo casar,
y estár mi Padre tan viejo.

Enr. Luego quieres aguardar
à que se rompa su espejo?

Dion. Si quedo sola no puedo
hacer mi gusto sin miedo?

Enr. Si, mas dónde está su muerte?
habrá paciencia tan fuerte,
ni amor que quiera estár quedo?
Yo à lo menos esperar,
y sin ayuda de costa,
no sé si podré llegar.

Octav. Este amor vá por la posta,
en mi muerte ha de parar.

Dion. Bien puedes, que es largo el plazo,
pero el papel, el abrazo,
y la esperanza con él,
bien podrá. *Enr.* Dexa el papel,
y al abrazo alargo el brazo,
pero para esperar años,
son menester desengaños,
que entretengan el deseo.

Dion. No lo digás con rodeo.

Enr. Temo tu enojo, y mis daños.

Dion. Aora bien, mañana quiero
que vengas por el terrero,
y en mi aposento entrarás.

Enr. No hai que dar, ni pedir mas:
dame esa mano. *Octav.* Qué espero?
ya de mi muerte inhumana
ha llegado la sentencia.

Dion. Qué dificultad no allana
Amor? *Enr.* Quién tendrá paciencia
para esperar à mañana?

Dion. Pues cómo, aun no estás contento?

Enr. Como soi buen comprador,
regateo en él tormento,
pues que son años de amor
esperanzas de un momento.

Dion. Tormento de la esperanza?

Enr. Mientras el bien no se alcanza,
y mayor quando es mayor.

Dion. De aquí à mañana el favor,
eso es poca confianza.

Enr. De hoi à mañana se vió
Troya famosa abrasada,
Roma su lustre perdió:
deshizo el viento la Armada,
que mas gallarda salió.
De hoi à mañana acontece,
que el rico pobre amanece,
el privado, aborrecido,

el levantado, abatido,
y que la Mar mengua y crece.
De hoi à mañana está el Cielo
mas sereno, mas nublado,
está seco, y verde el suelo,
y el paxaro mas atado,
por el ayre esparce el vuelo.
Vemos un almendro en flor,
y elado todo mañana:
vemos esclavo al señor:
la sierra mas alta llana,
y mas mudable el favor.
Entre la taza, y el labio,
dixo en cierto pasatiempo,
que habia peligro, un Sabio,
que en dos minutos de tiempo
puede caber un agravio.
Dion. Para darte ese contento
es fuerza que al punto vuelva
à la Ciudad. *Enr.* Aora siento
tu grande amor: esta selva
no fuera mal aposento,
pero no todas las Didos
agua, y cuevas han de hallar.
Octav. Ciegos están, y perdidos,
su gusto quiero estorvar,
y el fuego de mis sentidos. *Llégase.*
Ha llegado por aqui,
que habrá mucho que aqui estais,
gran Dionisia, el Jabali?
Dion. En hora mala vengais. *à parte.*
Octav. Y habrá de ser para mí. *à parte.*
Dion. Pienso que baxa à esta fuente,
bañando en espuma el diente.
Enr. A lavarselos vendria.
Vamos de aqui, prenda mia.
Dion. Buscad, Octavio, la gente. *Vanse.*
Queda solo Octavio.
Octav. Buscaré mi muerte fiera,
y haré mucho si la hallo,
quando vá huyendo ligera;
por qué me detengo, y callo?
Muera el Conde Enrique, muera.
Diréło al Rey? pero no,
que si en desdichas iguales
solo el ingenio ayudó,
siendo las que tengo tales,
quién las tendrá como yo?
Mia será esta muger;
qué dices, alma? Sin duda,
digo, que tuya ha de ser.
Quién me ayuda? Amor me ayuda;
pues si es Dios, tendrá poder;
gozarela? bien podrás;
pues cómo te atreverás?
Esta noche iré al terrero,
donde llegaré el primero,
y haga el Amor lo demás.
Arboles con altas copas,
à quien dió librea junta
el tiempo de verdes ropas:
Monte que con esa punta
en los mismos Cielos topa:
Prados hechos à colores,
con aromáticas flores,
manchados de várias tintas,
agironados de cintas,
de arroyos murmuradores.
Animales escondidos,
altas y parleras aves,
que hablais en cuevas, y nidos,
unas con voces suaves,
otras con fuertes bramidos.
Causeos risa, aunque no sea
vuestro el reir, ni entender,
que diga un hombre, y lo crea,
que gozará una muger,
que otro esta noche desea.
Pero no importa creello,
que asi tengo de vivir,
intentarlo será hacello,
que con ello he de salir,
ò de sentido sin ello.
Sale el Rey de caza, y dos Villanos.
Rey. Qué no habeis visto la Infanta?
Villan. Pardios, señor, que en correr
de tal suerte se adelanta,
que al viento quiere exceder,
y atrás dexa à Atalanta.
Rey. Que se recoja esa gente
será aora conveniente,
y que à la Ciudad volvamos.
Villan. Ella suena entre esos ramos:
pero no, que es una fuente.
Allí en su busca partimos,
su merced sobre esa piedra
se siente mientras venimos,
será dosél esta yedra

con las hojas y racimos. *Vanse.*
Rey. Id, y diréis, que aquí aguardo.
Octav. Cansado estará tu Alteza.
Rey. O Duque! *Oct.* Quando gallardo
joven, corrió esta aspereza,
venciera al mas suelto Pardo.
Rey. Pasa, Octavio, nuestra edad
como el Sol, que dá la sombra,
eso llaman mocedad,
esto en fin vejez se nombra,
y es la misma enfermedad.
Cómo os habeis alexado?
Octav. Porque solo te he buscado
desde los rayos de Apolo:
y en fin, quiere Dios, que solo
te haya en este monte hallado.
Rey. A qué efecto solo à mí?
Octav. No habrá sido sin efecto:
dame tu palabra aqui
de guardarme: —
Rey. Qué? *Octav.* Un secreto.
Rey. Secreto? *Octav.* Sí, señor. *Rey.* Dí.
Octav. Pero no lo digo bien:
prende aquesta noche à un hombre.
Rey. Quién? *Oct.* El Conde Enrique.
Rey. Quién? *Octav.* El Conde.
Rey. Dudaba el nombre.
Octav. Duda la prision tambien.
La causa no has de saber
hasta mañana. *Rey.* A qué efecto,
sin causa, le he de prender?
Octav. En esto estriva el secreto.
Rey. Secreto sabré tener.
Octav. No hai mucho de aqui à mañana,
y si esta noche lo sabes,
será mi esperanza vana,
tú muestras en cosas graves
prudencia madura, y cana.
Pero advierte, que si entiende
mas que un hombre su prision,
tu vida, y honra se ofende.
Rey. Extrañas quimeras son: *ap.*
qué es lo que el Conde pretende?
Octav. Mañana al amanecer,
gran señor, lo has de saber.
Rey. Solo un hombre ha de prendello?
Octav. Llamalo, y podrás hacello.
Rey. Y ese hombre quién ha de ser?
Octav. El Capitan de tu Guarda:
el Marqués Fabio, que es hombre
de valor. *Rey.* La noche tarda:
no tendrá esa prision nombre?
Octav. Yo sé que tu vida guarda.
Rey. Qué en el secreto consiste
poner en esto remedio?
Oct. Sí, señor. *Rey.* Vamos.
Octav. Vas triste?
Rey. Voi de aqueste Mar en medio,
en que aora me pusiste:
pero siendo convenible,
mostraré, Octavio, valor.
Octav. Muestrate aora apacible.
Rey. El Conde Enrique traidor?
parece cosa imposible. *Vanse.*

Salón, salen Belardo, y Ortensio.

Bel. Dicen ha buelto su Alteza
à gran priesa en la Carroza.
Ort. Es briosa. *Bel.* Es gentil moza
de los pies à la cabeza.
Ort. Si nuestro amo el Conde oyera,
Belardo, tus bendiciones,
no acabando tus razones,
quando con algo te diera.
Bel. Qué, dierame algun vestido?
Ort. Sin duda de lienzo fuera,
que hasta los pies te cubriera.
Bel. O loco desvanecido!
pues qué piensas por ventura,
que se ha de casar con él?
Ort. No sé si lo piensa él:
pero sé que lo procura.
Bel. Ortensio, los pensamientos
altos, se llaman honrados:
pero mas altos, culpados,
y es dar que hacer à los vientos.
Ort. El Conde ha venido, espera.
Sale Enr. Dia enfadoso, y pesado,
sin duda el Sol se ha parado
en medio de su carrera.
Pero si milagro fue
pararse el Sol, ò ir atrás,
para que corriera mas
quisiera fuerzas, y fé.
O amor! pues dicen que estás
allá en la tercera esfera,
de la quarta à la tercera
poca distancia hallarás.
Ruegale al Sol que camine,

y se vaya à descansar,
ruegale al Amor, que al Mar
su dorada frente incline.
Dile, que se acuerde bien
quando por Daphne corria,
que yo pondré al fin del dia
otros laureles tambien.
Aqui estais? *Ort.* Aqui esperamos.
Enr. Ya me podeis descalzar,
y para esta noche dar
lo que otras veces llevamos:
digo, lo que toca al pecho.
Bel. Nunca defensas son malas.
Ort. Yo siempre llevo unas alas,
por si fuere el paso estrecho.
Enr. Galas dices? *Ort.* Sí, señor:
alas dixe, entiende galas.
Enr. Las negras todas son malas
de noche: dadme color.
Bel. Gala negra, plata, y oro,
mui bien recibida está.
Enr. Eso es mal agüero ya,
aunque lo cubra un tesoro.
Dame color que ya es dia
de que hasta el alma vistamos
de color. *Bel.* Buenos estamos,
hay favor? *Enr.* Por vida mia,
que rebiento por deciros
mi bien: pero su grandeza
me enfrena. *Bel.* Fue, que su Alteza
oyó acaso tus suspiros?
Sale Clen. Está en casa el Conde? *Enr.* Aqui
à vuestro servicio estoi.
Clen. Una buena nueva os doi,
que os llama el Rey. *Enr.* Cómo asi?
Clen. Pienso, segun me encomienda,
que yo propio venga acá,
que alguna Encomienda os dá.
Enr. Vuestra será la Encomienda,
que si de llamarme à mí
ayer, Clenardo, os la dió,
en tenerla antes que yo,
no os ofrezco nada aqui.
Ola, escuchadme vosotros.
Ort. Qué mandais? *Enr.* En el terrero
me esperad. *Ort.* Yo allí te espero.
Bel. Armarémonos nosotros?
Enr. Poneos entrambos bien,
y no tenga que buscaros;
ya sabeis dónde he de hallaros.
Bel. Y à tí nosotros tambien.
Enr. Qué quiere el Rey, Secretario?
Clen. Pienso que haceros merced.
Enr. O Cielos santos! haced
que no sea lo contrario. *Vanse.*
Salen la Infanta Dionisia, y Celinda.
Dion. En las determinaciones
de pechos enamorados,
los consejos son culpados,
y cansadas las razones.
Yo, Celinda, quiero bien,
dexa de pensar, que puedo
tener à mi padre miedo,
ni al Conde mostrar desdén.
Yo nací para servir
à Enrique, Enrique es mi dueño,
todo es viento, es sombra, es sueño
quanto me puedes decir.
Si ha sido mala eleccion,
que me disculpes te ruego,
con que si el Amor es ciego,
ciegos sus efectos son.
Celind. Señora, el Conde es muy noble;
pero hay mas desigualdad
de aquella à tu calidad,
que desde la palma al roble.
Si amor es ciego, por eso
es muy lince la razon,
y siempre la estimacion
es madre del mal suceso.
Qué bien se puede seguir
de que el Conde éntre atrevido
à tu aposento? *Dion.* El marido
bien puede entrar, y salir.
Cel. El marido, quién lo duda?
pero el Conde no lo es.
Dion. Es lo que ha de ser despues,
y en lo que ha de ser no hay duda.
Cel. Perdída está vuestra Alteza.
Dion. Ganada, Celinda, estoi.
Cel. Señora: — A fé de quien soi,
que me quiebras la cabeza.
El Conde ha de estár aqui,
à la ventana estarás
hasta que venga *Cel.* Eso mas?
Dion. Oyeslo? *Cel.* Señora, sí.
Dion. Pues yo voi solo à rogar
al Cielo el tiempo apresure,

y que la vida asegure
de quien me la puede dar.
Estarás bien advertida,
que no haya luz. *Cel.* Yo lo haré.
Dion. Mira que si el Rey lo vé,
puede costarme la vida. *Vanse.*

Salen el Rey, y el Marqués Fabio.

Rey. No tiene mas fundamento
de lo que digo, Marqués.
Fabio. Vuestra Alteza mire que es
cordura mudar de intento,
porque es negocio pesado
prender asi sin razon,
à un hombre, que en opinion
del Mundo no está culpado.
A Enrique, à un hombre leal?
Rey. Marqués, hay mucha jornada
de aqui à mañana? *Fab.* No es nada,
que à un hombre tan principal
prendas de aquesta manera?
Rey. Con tal secreto no importa,
y pues la distancia es corta,
en mi sufrimiento espera.
Qué quieres? qué puedo hacer,
si dice Octavio, que es cosa
tan secreta, y tan forzosa?
Fab. El lo debe de saber:
mas vive Dios, que si ha hecho
Enrique cosa en tu ofensa,
como yo soi: – *Rey.* Marqués piensa,
que es hombre. *Fab.* Y de noble pecho:
plegue à Dios, que algun traidor: –
Rey. Quieres que piense que fuiste
cómplice en esto? *Fab.* Si diste
crédito al primer error,
dale tambien al segundo,
y manda prenderme à mí.
Sale Clen. Señor, el Conde está aqui.
Fab. Y el que es la lealtad del Mundo.
Rey. Ya te he dicho que él me vea,
y que tú no entres acá. *Vase Clen.*
Sale Enr. Por vér lo que el Rey me dá,
Clenardo el mundo rodea.
Aqui, señor, he llegado,
como tu hechura à servirte.
Rey. Marqués, no hay mas que decirte,
harás lo que te he mandado. *Vase.*
Enr. Cómo, señor, asi os vais?
pues qué es esto? vuestra cara
no merezco vér? *Fab.* Repara
un poco. *Enr.* O Fabio! aqui estais?
sois vos à quien dice el Rey,
que lo que os manda se haga?
Fab. Asi tus servicios paga,
del Mundo ordinaria ley.
Enr. Cómo que paga? pues qué?
qué mandó, ò qué he de hacer yo?
para qué el Rey me llamó,
y à verme Clenardo fue?
En qué puedo al Rey servir?
qué me puede el Rey querer?
ò qué tengo yo que hacer,
y teneis vos que decir?
qué importan aqui las leyes?
Fab. No sé mas en tu disgusto,
de que obedecer es justo
de qualquier suerte à los Reyes.
Enr. Yo he de servir à su Alteza:
qué es esto? *Fab.* Amigo, no sé;
callar al Rey le juré,
con pena de la cabeza.
Enr. Pues sacadme de este enredo,
que me teneis con cuidado.
Fab. Sabeis vos, que os he criado:
mas qué encareceros puedo?
Pechos andan por aquí,
que no están del todo buenos.
Enr. Aora os entiendo menos,
que al principio os entendí:
Yo sé bien vuestra amistad,
conozco vuestro valor.
Fab. Digolo en fin? *Enr.* Sí, señor,
los prologos escusad.
Fab. Vos sois un gran Caballero;
mentiras no pueden nada,
con solo darme la espada
podeis saber lo que quiero.
Enr. La espada yo? *Fab.* Sí, por Dios.
Enr. Acertó de esa manera
el Rey, porque no la diera,
Fabio, à quien no fuera vos.
Desde que fui vuestro amigo,
en serviros procuré
emplearla, y lo mostré
delante de algun testigo.
No esté mas tiempo ceñida,
tomadla, que no doi nada *da la espada.*
en dar à un hombre la espada,

à quien le diera la vida.
Fab. Conde, no me la habeis dado,
ni vos la podeis rendir,
que lo que podeis decir,
es, que me la habeis trocado.
La mia de vos se fia, *dasela.*
que persona tan honrada,
ni ha de ir preso sin espada,
ni le ha de faltar la mia.
Por el nombre de prision
la espada tomo, y os doi
la mia, en fé de que estoi
mas preso de obligacion.
Enr. Vamos à donde mandais,
que esperais, y el Rey espera.
Fab. Para que quien sois supiera,
basta que eso respondais.
Pues cómo sin preguntarme
por qué os prendo? extraño pecho! *ap.*
Enr. Lo que vos, Fabio, habeis hecho,
no es prenderme, es obligarme,
y obligado estaré preso,
como yo lo estoi de vos;
y prision vuestra, por Dios,
que ha de tener buen suceso.
Y aunque es propia obligacion
saber por qué me llevais,
hasta que vos me prendais,
para saber que hay razon.
Fuera de esto, no me altera
que el Rey os lo haya mandado,
que aora no estoi culpado,
y mañana lo estuviera.
Y como el llevar razon
hace facil la pendencia;
asi, Marqués, la inocencia
hace alegre la prision.
Sin esto, causa, ni ley
para replicarle hallo:
si prende el Rey al vasallo,
basta que lo quiera el Rey.
Antes yo le debo en eso,
porque me ha dado, por Dios,
mas honra en prenderme vos,
que pena en tenerme preso.
Fab. De todo salís tan bien,
como de vos se esperaba:
vamos. *Enr.* Hoy la envidia acaba
de quitarme todo el bien. *Vanse.*

Calle y noche, salen Ortensio y Belardo con broqueles, y escopetas.

Bel. Gran sueño! *Ort.* Echóse à dormir.
Bel. No es posible, que tenia
el Conde mucha alegria,
que el sueño suele impedir.
Ort. El alegre puede estár
sin dormir? *Bel.* Bien puede ser,
tanto desvela el placer,
como si fuera un pesar.
Ort. No dixo, que aqui vendria?
No debe de ser la hora.
Bel. O plegue à Dios que el Aurora
vaya à madrugar al dia!
Ort. Quedo, de arriba desciende
un hombre por una escala.
Bel. No tuvo la noche mala,
ni en vano el Conde pretende.
Pese à mí, que el alegria
no era acaso sin razon.
Ort. Ten el postrer escalon.
Bel. Baxe derecho Busia.

Baxa por una escala Octavio, embozado, y estándolo saca la espada.

Octav. Qué gente? quién vá? quién es?
tengase, que haré pedazos
à quien llegáre. *Ort.* Esos brazos
nos dá à entrambos, ò esos pies.
Octav. Ninguno se llegue à mí,
ni procure conocerme. *Ort.* Qué dices?
Bel. Pienso que duerme.
Ort. Quieres que nos vamos? dí.
Bel. No nos habia mandado
guardar aqueste balcon?
Octav. Criados del Duque son. *ap.*
Bel. O está loco, ò se ha casado.
Ort. Pues qué hace el casamiento?
Bel. Muda de gusto, y lenguage.
Octav. A pesar de mi linage! *Dale.*
no se ván? *Bel.* Extraño cuento!
Ea, señor, ya nos vamos.
Ort. Vamonos presto de aqui:
bien pagas lo que por tí
toda la noche velamos. *Vanse.*

Queda Octavio embozado.

Octav. A quál hombre jamás ha sucedido,
que en lugar del galan que fue esperado,
su Dama desdeñosa haya gozado
con el seguro nombre de marido?

Fa-

Fabula le parece à mi sentido
lo que por todos juntos ha pasado:
todo cobarde amante es desdichado,
y todo venturoso el atrevido.
Obscurísima quadra, ò noche fria,
yo te ofrezco una lampara de plata,
agradecido à la ventura mia.
Ni zelos temo ya, ni amor me mata,
venciste noche al mas alegre dia,
y yo engañé la mas hermosa ingrata. *vase.*

Salón, sale el Rey, Fabio, y Clenardo.

Rey. Apenas se mostrará en el Oriente
la blanca Aurora, quando me despierta
este papel del Duque, Marqués Fabio,
que ya tenia desde anoche escrito,
porque anoche à su tierra se partia;
extrañas confusiones me ha dexado;
mas dudas que al principio tengo aora,
y mas temor de algun siniestro caso.

Fab. Dame licencia que lo lea. *Rey.* Toma.

Lee. *La causa de haber advertido que prendieses al Conde Enrique, fue para impedir que anoche le matasen unos Soldados Extrangeros, ni que él supiese que le buscaban, porque no les acometiese, que ellos se han ido, temerosos de que han sido descubiertos; bien le puedes dar libertad, y à mi licencia, que me voi à mi tierra à castigar ciertos desacatos de mis vasallos.*
El Duque Octavio.

Rey. Qué os parece?

Fab. Que fue, si es verdad esto,
remedio impertinente, pues pudiera
guardarle el Conde, sin que tú hicieses,
por medio de él, alboroto semejante.
Voi con licencia tuya, por el Conde,
contento de saber que está inocente,
y provocado à risa, y à enojo,
de ver la necedad del Duque. *Rey.* Parte,
y venga el Conde aqui.

Fab. Yo voi. *Vase.* *Clen.* Aora
acabo de entender lo que me cuesta
haberme desvelado aquesta noche.
Preso tenias al Conde? *Rey.* Preso estaba.

Clen. Y fue la causa? *Rey.* La que has oido.

Clen. Es el Conde, señor, tan Caballero,
tan discreto, leal, noble, y sencillo,
tan liberal, tan bien intencionado,
que quando me mandaste con secreto,
que le llamase, dixe, que sin duda
merced le hacias de algun nuevo estado.

Rey. Ventura tiene el Conde.

Clen. Sus meritos le aclaman.

Rey. Oigo decir à todos, que es un Angel.

Clen. La voz del Pueblo, la de Dios le llama.

Salen Fabio, y Enrique.

Enr. Aqui tienes, señor, la hechura tuya.

Rey. Alzaos, Conde, y cubrios.

Enr. Por qué causa ayer me prendes,
y hoy cubrir me mandas?

Rey. Levantaos, Almirante.

Enr. Tus pies beso,
por merced tan notable.

Fab. Justamente el Conde
es digno de ese honrado titulo.

Clen. Todos, señor, el parabien te damos.

Rey. No os cause admiracion
el haberos preso, y haceros hoy merced.

Enr. Mi humildad miro.

Clen. Josef para ser Rey dexó la carcel.

Rey. Ahora yo tendré de hoy mas, Enrique,
en haceros merced mayor cuidado.

Enr. Bastan tantas mercedes
para muchas vidas.

Rey. Ven, Marqués, y vos tambien Cleandro,
para que despachemos luego à Escocia,
sobre este casamiento de la Infanta. *van.*

Solo Enr. Engañase la fortuna,
ò piensa con este engaño,
del ya recibido daño
satisfacer parte alguna.
Toda la noche he pasado
divertido en la ocasion
de esta mi nueva prision,
y nunca en lo cierto he dado.
Porque si el Rey me prendiera
por el concierto que hacia
con su hija, y muger mia,
mas larga prision tuviera.
No pregunté la razon,
porque á los Reyes no es justo,
en las cosas de su gusto,
preguntarles la ocasion.
Ha cruel fortuna mia!
cómo hiciste una quimera
tan estraña? No pûdiera
aguardar tu furia un dia?
No pudiera suceder

hoy esta prision sin culpa?
bien fortuna te disculpa,
que es mudable la muger.
Sale Bel. Gracias à Dios, que pareces
mas quieto, y mas sosegado.
Sale Ort. Qué bien que me has animado,
para esperarte otra vez!
Bel. Asi el estarte esperando
toda la noche al sereno,
mientras tú en el huerto ageno
la fruta estabas hurtando,
nos pagas à cintarazos?
Baxas de gozar la Infanta
toda la noche, y te espantas,
que te pidamos los brazos?
Por Dios, si no te reparo
la punta en el vade mecum,
que con un Dominus tecum
me pasas de claro en claro.
Y dexaste alli la escala,
qué mas hiciera, no quiero
decirtelo. *Enr.* Majadero,
vete mucho enhoramala;
pues ni escala me dexé,
ni à la Infanta anoche ví,
ni cintarazos te dí,
ni dentro, ni fuera hablé.
Ort. Niegas, que no descendiste
con una escala al balcon,
y al hablarte, sin razon
de cintarazos nos diste?
Que vive Dios, si no eras,
que otro galan la ha gozado.
Enr. Hombre, dices, que ha baxado?
Ort. Qué te demudas, y alteras?
Vive Dios, que descendió,
y que fué burla de fama,
pues te ha quitado la Dama,
y muchos palos nos dió.
Enr. Que por la Infanta no fué
este negocio, es mui cierto.
Bel. No; pero es cierto el concierto
de los palos que llevé,
que à saber que tú no eras,
le hicieramos mil pedazos.
Salen la Infanta Dionisia, y Celinda.
Cel. Aqui está. *Dion.* Dame esos brazos,
qué te detienes? qué esperas?
Ya me tiene ciego Amor,
prenda mia, de tal suerte,
que he vuelto el rostro à la muerte,
y atropellado el honor.
Cómo estás; que yo estoi tal,
que la noche que he tenido
contigo, que no hay sentido,
que tenga tal gloria igual.
Ay mi bien! serán verdades
todas aquellas razones,
que me dixiste ò traiciones
de hombre, al fin, que persuade?
Cumplirás lo prometido?
Mira, amores, qual estoi:
pues apenas digna soi
de que seas mi marido.
La mañana maldecia,
viendo, que ya de tus brazos
tantos amorosos lazos
con envidia deshacia.
No me atreví, ni era justo
esperar à que llegase,
porque un susto no quitase
para siempre tanto gusto.
De qué me escuchas suspenso?
Ofendete el vér quien soi?
Enr. Suspenso escuchando estoi,
porque en lo que dices pienso.
Yo señora, anoche entré
en tu aposento? *Dion.* Si es eso
por Celinda, ese suceso,
Conde, en su presencia fué.
Si miras à tus criados,
ninguno pena te dé,
tú eres mi esposo, mi bien,
mis Padres, Reinos, y Estados.
Enr. Señora, no es la ocasion
de mi admiracion la gente,
que está presente, y ausente.
Dion. Pues qué? *Enr.* Tus palabras son:
yo anoche te hablé, ni ví?
Yo anoche estaba en tus brazos?
Hartos diferentes lazos
me puso tu Padre à mí.
Preso me tubo, señora,
mira, que yo no seria
el que gozaste hasta el dia,
pues el Rey me suelta aora.
Dion. Cómo preso? *Enr.* Aquesto es cierto.
Dion. Celinda, tú no le abriste?

Celin. Luego niegas, que veniste
de galas, y armas cubierto,
y que yo te abrí el balcon,
y entraste en el aposento?
Di tambien, Conde, que miento.
Enr. Celinda, tus zelos son.
Yo te hablé, yo entré, yo ví
à la Infanta? *Dion.* Esos criados
lo dirán, porque embozados
amanecieron allí.
Bel. Verdad es, que baxó un hombre
pero no se dexó vér,
no pudiera el Conde ser
quien nos negára su nombre.
Dion. Qué es esto? que pierdo el seso:
Conde, qué no entrasteis vos?
Enr. No, señora, no por Dios,
porque anoche estuve preso.
Dion. Daré voces como loca,
al Rey lo diré villano.
Enr. Señora::– *Dion.* Suelta la mano,
tu muerte será mi boca;
pues que la tuya lo fué
de su honor, y el mio. *Enr.* Señora,
oye un poco, escucha aora.
Dion. Qué dices? *Enr.* Que me burlé.
Dion. Pesadas burlas, Enrique,
siendo Reyna, y tú vasallo,
gozarme, y quieres negallo.
Enr. Pues quieres que lo publique?
asi es razon que lo niegue,
no vés, que à gran mal te obligas?
Dion. No digo yo que lo digas,
mas no quiero que lo niegues.
Enr. Aora bien, si gustas de eso,
yo lo diré de tal suerte,
que tu deshonra, y mi muerte
tengan un mismo suceso.
A mucho el Amor me obliga,
quieres que dé voces? *Dion.* No:
pero que quien me gozó,
si lo pregunto lo diga;
y este pesar que me has dado
me aparta aora de tí.
Enr. Pues cómo, asi te vas? *Dion.* Sí,
que me has, Enrique, enojado. *Vase.*
Ort. No sé si discreto has sido
en tanto disimular,
que de saberse tu bien
te podria resultar.
Bel. Qué notable imaginar!
Enr. Esto me estará mas bien.
Ea, amigos, alto à España.
Bel. Cómo, señor? vuelve en tí,
gozadla, y dexadla asi,
no vés, que es infame hazaña?
quién no perdiera mil vidas,
aunque un hombre baxo fuera?
Enr. Si yo gozado la hubiera,
las diera por bien perdidas.
Amigos, otro hombre fué:
triste de mí, que estoi loco:
ni entré, ni la ví tampoco,
ni à los balcones llegué.
Prendióme el Rey, y es verdad,
que he estado preso. *Bel.* Confieso,
que es un extraño suceso.
Enr. Salgamos de la Ciudad,
no he de estar un punto aqui.
Ort. Pues à dónde? *Enr.* A España irémos.
Octav. No hagas, Conde, esos extremos.
Enr. Cómo no, si voi sin mí?
No me quexaba sin poca
razon, quando yo decia,
que una desgracia cabia
entre la copa, y la boca.
Mi esperanza dexo al viento;
pues que la mas cierta engaña:
plegue à Dios, ayres de España,
que mudeis mi pensamiento.

JORNADA SEGUNDA.

Jardin. Sale el Rey, Dionisia, triste, Celinda, y Clenardo.

Rey. Hasta quándo ha de durar
tan triste melancolia,
que la vida tuya, y mia
quiere de un golpe acabar?
Dos filos tiene esta espada,
con que les corta à los dos:
ay, Dionisia! quiera Dios,
que acabe la mas cansada.
No hablas? no me respondes?
No son justas mis querellas?
En qué Cielo las Estrellas
de tu alegre rostro escondes?
Sientate en ese jardin:

ola, esa silla llegad.
Cantarán? *Dion.* Sí. *Rey.* Pues cantad.
Dion. A las bodas de mi fin,
aunque quien muere sin honra,
ningunas honras merece.
Rey. De esta enfermedad padece.
Dion. Qué mayor que la deshonra?
Rey. Tu deshonra? loca estás:
quien dá honra, que es un Rey,
está sin honra? qué ley
prender puede el Rey jamás?
Dion. Cantad, ò salios allá.
Rey. Ya cantan, no te apasiones.
Dion. Ea, pues dexad razones.
Celind. Loca está. *Clen.* Furiosa está.
Music. » Madrugaba entre las flores
» el Alba, pidiendo albricias
» à las aves, y à las fieras,
» de que se acercaba el dia:
» quando viendose engañada
» del Duque Vireno, Olympa,
» à voces dice en la playa
» à la Nave fugitiva:
» Plegue à Dios, que te anegues,
» Nave enemiga,
» pero no, que me llevas dentro la vida.
Dion. Eso consientes cantar?
Rey. Pues, hija, en qué te ha ofendido?
Dion. Gozóla el Duque atrevido,
y alargó la vela al Mar.
Yo sé mui bien lo que siento,
no es locura, sino engaño.
Rey. Qué importa el ageno daño,
para el propio sentimiento?
Dion. No importa? Luego la Ley
de Dios no lo manda asi?
Quereis vos quebrarla aqui,
no mas que porque sois Rey?
O Duque falso, y traidor!
qué à Olympa dexas? *Clen.* Señora,
dexe vuestra Alteza aora
ese fabuloso amor.
Dion. Quién os mete majadero,
en si fué verdad, ò no?
Verdad es, pues que fui yo
la que por el Conde muero.
Yo soi la que un triste dia,
à la orilla de la Mar,
viendo à Vireno embarcar,
con tristes voces decia:
Plegue à Dios, que te anegues,
Nave enemiga.
Rey. Dexa esa tristeza extraña,
y procura entretenerte.
Dion. Que se fuese de esa suerte
el Duque Vireno à España!
Que desde la noche al dia
en sus brazos la tuviese,
que la gozase, y se fuese!
Esto no es alevosía?
Rey. Hija, aquesas son canciones,
no repares tanto en ellas.
Celin. Ella se quexa por ellas
por disfrazadas razones.
Despues que el Conde ha venido,
ha crecido este furor.
Clen. Bien dices, que este es amor,
pues no le vence el olvido.
Sin duda el Conde gozó
de la Infanta. *Celin.* Yo testigo.
Clen. Pues cómo fiero enemigo
huyó à España, y la dexó?
Celin. Miedo à su Padre tendria.
Clen. Sí; mas por qué se ha casado?
Celin. Ocho años ausente ha estado,
que de él ninguno sabia.
Daba al Rey por ocasion
de su ausencia, aquel agravio;
quando por el Duque Octavio
tuvo una noche en prision.
Y al cabo de aquestos años
vuelve con una muger,
y tres hijos, para hacer
mas insufribles sus daños.
El Rey le recibe bien,
porque no sabe su mal,
la Infanta con pena igual
llora, sin decir por quién;
dió en esta melancolia,
y de ella en este furor.
Sale Fabio. Aqui está el Conde, señor,
que besar tus pies queria,
con su muger la Condesa:
y à tí, señora, si dás
licencia. *Dion.* Qué aguardo mas?
Rey. Dile, Fabio, que me pesa,
que venga en esta ocasion,
que está la Infanta indispuesta.

Dion. Antes lo tendrá por fiesta,
y les daré colacion.
No es de España esa muger?
Fabio. Sí señora. *Dion.* Pues deseo
verla, que si ya la veo,
qué me queda ya por vér?
Rey. Diles, que entren. *Dion.* Hoy Celinda,
hoy será aqui mi locura,
como mi dolor. *Celin.* Procura,
que su fuerza no te rinda,
para grandes penas hizo
el Cielo grande valor.
Dion. Sí; mas perder el honor,
à qué valor no deshizo?
Salen Enrique, Isabel, y Don Juan su hijo, Ortensio, y Belardo.
Enr. Deme vuestra Magestad
los pies. *Isab.* A mí vuestra Alteza.
Clen. Bello rostro! *Celin.* Gran belleza,
compostura, y gravedad!
Rey. Seais, Conde, bien venido,
y en horabuena casado,
que estar tan bien empleado
no poca ventura ha sido.
Cómo venís? Venís bueno?
Enr. A vuestro servicio. *Rey.* Viene
la Condesa buena? *Enr.* Tiene
salud. *Dion.* Mas tiene veneno. *ap.*
Rey. Dad asiento por mi vida,
hija, à la Condesa. *Dion.* Aqui,
se sentará junto à mí.
Isab. Pues vuestra Alteza es servida,
por los meritos del Conde
tomaré este atrevimiento.
Rey. Tomad vos, Enrique; asiento.
Fab. Todo à su valor responde.
Clen. Toda esta honra merece.
Dion. Si ha cabido resistencia *à parte.*
en mi acabada paciencia
al mal, que el tiempo me ofrece;
no debe de ser valor,
sino que suspensa el alma
tiene el sufrimiento en calma
la grandeza del dolor.
Posible es, que viendo están
mis ojos à mi enemiga,
sin que à voces se lo diga!
Enr. Llegaos vos acá, Don Juan,
pedid à su Magestad
las manos. *Rey.* Quién es? *Enr.* Señor,
es mi hijo. *Rey.* Es el mayor?
Enr. Por él lo dice su edad,
que el año de mi partida,
y el mismo que me casé,
nació à fin de él. *Rey.* Bien se vé
vuestra imagen esculpida
en su rostro, y compostura.
Enr. A lo menos, que en él queda
quien à vuestros nietos pueda
servir con igual ventura.
D. Juan. Vuestra Magestad, señor,
no se dignará ser dueño
de criado tan pequeño:
pero yo tengo fiador
en el Conde, mientras llego
à edad, que os pueda servir.
Rey. Qué mas se puede decir?
Enr. Haced lo que os dixe luego.
D. Juan. Vuestra Alteza, mi señora,
me dé sus manos Reales.
Dion. En qué penas infernales *ap.*
hay mayor tormento aora?
Bonito niño: teneis
mas que éste, Condesa? *Isab.* Dos,
que os servirán:- *Dion.* Guardeos Dios.
Isab. Tan fieles como el que veis.
Dion. Quiereos mucho el Conde? *Isa.* El dice
que en su vida quiso bien,
sino es à mí; mas tambien
se enoja, y se contradice.
Si como eso me pregunta
vuestra Alteza, me dixera,
si yo le queria, viera
toda la fé, y lealtad junta,
que en Julia, ó en Porcia puso
la Romana Antigüedad;
y porque es tanta verdad
mis alabanzas excuso.
Dion. Triste de mí! porque gusta
el Rey, que me dé veneno,
basta un trago, pero lleno
todo el vaso, es cosa injusta.
Entraban por los oidos
otro tiempo mis enojos;
pero si entran por los ojos,
cómo serán resistidos? *Levantase*
A fuera, muger, à fuera: *(furiosa.*
lazo de mi alma estrecho

d

de quatro vívoras hecho,
que mi elada sangre altera.
A fuera deshonra mia,
con fruto de bendicion;
pues ha sido maldicion
de mi esperanza este dia.
O Cielo! cómo adelantas
pasos el fin de mi honra,
que al arbol de mi deshonra
le vás añadiendo plantas?
Faltan mas muertes por dicha?
Rey. El mal le ha dado mas fuerte.
Enr. Pesame, que vengo à verte
en tiempo de tal desdicha.
Ya me habian dicho allá,
que la Infanta padecia
tan fiera melancolia.
Rey. A tiempos, Conde, le dá.
Enr. Tenla, Isabela. *Isab.* Si haré,
ha mi señora? *Dion.* Ha, traidora!
tú me tienes? Por aora
tienes mi bien, si bien fué;
echalos luego. *Rey.* Hija mia?
Fabio. De veros muestra dolor.
Rey. Idos, Conde, *Enr.* Yo señor,
no pensé que os ofendia:
Condesa, vamos de aqui.
Dion. Vayanse todos. *Clen.* Tambien
dice, que nos vamos. *Celin.* Ven,
Clenardo. *Clen.* Yo voi tras tí. *Vanse.*
Queda el Rey, y la Infanta.
Rey. Hija, ya todos se han ido,
sosiega un poco. *Dion.* No puedo:
de esta vez le pierdo el miedo.
Rey. A quién? *Dion.* A mi honor.
Rey. Hija, qué honor puede ser,
éste, de cuya razon
no me dices la ocasion?
Dion. O, padre! honor de muger.
Rey. Yo pienso tantas quimeras
de este tu confuso mal,
que he de hablar lenguage igual,
si mi atrevimiento esperas.
Porque esta locura tuya
nunca tiene mas rigor,
que quando tratan de amor:
luego la ocasion es tuya?
Tras eso, el honor perdido
muestra, que alguien te ha engañado,
que cobarde te ha dexado,
y te ha gozado atrevido.
Qué te suspendes atenta?
Padre soi, habla, confia;
pues es tu sangre la mia,
tambien lo será la afrenta:
Pensé darte en el de Escocia
marido; à Irlanda señor:
pero ya el Embaxador,
que está allá, no lo negocia,
porque de tu enfermedad
se vá tu fama extendiendo.
No hablas? *Dion.* Señor, yo entiendo,
que amor te obliga à piedad.
Yo veo, que mi tristeza
pone tu vida en aprieto,
y que en Padre tan discreto
puede cargar mi flaqueza.
Mas que yo te pueda hablar
en caso tan insufrible,
es el mayor imposible
que puedes imaginar.
Rey. Pues algun medio ha de haber.
Dion. Celinda? *Cel.* Señora? *Dion.* Aqui
trae tinta, y pluma, asi
te quiero satisfacer. *Vase Celinda.*
Rey. Como mal Pintor has sido,
que retratando algun hombre,
le quiere poner el nombre,
porque no está parecido.
Si eres mis ojos, mal haces
en no ser tambien mi lengua,
pues por la tuya mi mengua
remedias, y satisfaces.
Sale Cel. Ya tienes papel aqui.
Dion. Sobre esta almohada escribo.
Rey. Gran sobresalto recibo.
Dion. Duelase el Cielo de mí.
Sientase la Infanta à escribir à parte.
Rey. Qual reo en tanto que el Juez escribe
la sentencia, esperando estoi la mia:
tiembla el deseo, y la piedad porfia,
muere el remedio, y la esperanza vive.
De las vanas quimeras, que concibe
mi loca, y engañada fantasia,
nace un monstruo, que el miedo despues cria,
hasta que el sér de mi dolor recibe.
Este saber el mal, es un deseo
comun en los mortales desengaños,

que

que con saber que es mio, quiere verlo.
Y yo lo quiero vér, aunque es tan feo,
que mas matan las dudas, que los daños,
y el esperar el mal que padecerlo.

Dion. Ya escribí, dexame ir *Dale el papel, y vase.*
antes que abras el papel.

Rey. Ya sé, que has escrito en él
receta para morir.
Con qué priesa, que se fué,
no menos la tengo yo
de saber lo que escribió. *Lee el papel.*
Dice asi: »Yo me casé
»con Enrique de secreto,
»y en secreto me gozó,
»fuese à España, y me dexó,
»Padre, sin honra en efecto.
»Como vés, vuelve casado,
»con sus hijos, y muger;
»juzga de qué puede ser
»la enfermedad que me ha dado.
Ha de mis criados, Guardas,
gente, Capitan. *Sale Fab.* Señor.

Rey. Cielo, para tal rigor
mis cansados años guardas!
Pierdo el seso. *Fab.* Si le dió
el mal de la Infanta? *Rey.* Fabio?

Fab. Señor? *Rey.* Cómo este agravio
sufre el Cielo, y sufro yo?
Capitan. *Fab.* Qué es lo que quieres?

Rey. Que alcanzase à la grandeza
de mi hija, la flaqueza
de las comunes mugeres?
Marqués? *Fab.* Qué es lo que mandas,
que no acabas de decirlo?

Rey. Error será referirlo.

Fab. Tambien en los ayres anda
como la Infanta: qué tienes?

Rey. Llamad à Enrique. *Fab.* Ya voi. *vase.*

Rey. Pues has de advertir, que estoi
penando en tanto que vienes.
Peligro tiene el mas probado- vado;
quien no tiene que el mal le impida- pida,
mientras que la suerte le convida- vida,
y goce el bien tan sin cuidado- dado.
Mas quanto en mas afortunado- lado,
fuerza, y poder se descomida- mida,
quan presto adonde mas resida- es ida
la gloria vil de este prestado- Estado.
La honra, que de tu Estandarte- darte
Amor, por quien la recatada- atada
tuvo en el fuego, que de darte- parte.
Fue la defensa aunque ordenada- nada,
pues es por tí sin remediarte- arte,
la cuerda loca, y encerrada- errada.

Sale Fab. Aqui el Conde está.

Sale Enr. Qué es lo que mandas?

Rey. Salte, Fabio, allá fuera, cierra y guarda
que no llegue ninguno à este aposento.

Fab. Harélo asi. *vase.*

Enr. Qué extrañas prevenciones!
Señor, en qué te sirvo?

Rey. Escucha. *Enr.* Ay, Cielos!

Rey. Enrique, este papel es una carta,
que del Rey Albanés recibo aora,
contiene en suma una desdicha grande,
y como amigo pideme consejo:
yo no fio de mi ingenio cosas
tan arduas, y del tuyo estoi contento;
quiero que me aconsejes lo que pueda
escribirle en desdicha semejante.

Enr. Señor, si el Mundo, y otros mil q̃ hubiera,
pudieran por un hombre gobernarse,
tú solo fueras digno de regirlos; (esto
y espantome, que à mí me encargues
sabiendo mi ignorancia; mas presumo
que Amor te engaña, mi lealtad te obliga.

Rey. Tiene el Rey Albanés, Enrique amigo
sola una hija como yo à Dionisia,
pidensela mil Príncipes, y Reyes,
y ella pone los ojos en un hombre,
noble por cierto, mas vasallo suyo:
éste la goza, y con temor del Padre
huye à otro Reyno, donde al fin se casa,
y casado despues à Albania vuelve.
Enferma de dolor la Infanta, y dice
al Padre la ocasion; el Padre ayrado
no se atreve à matarle por su hija,
ni se la puede dár, porque es casado.
El caso es grave, y pideme consejo;
yo te lo pido à tí, qué te parece?

Enr. Extraño es el suceso, que debia
mas ingenio, mas tiempo; mas si es fuerza
obedecerte, digo, que aunque mate
el Rey à ese hombre, no remedia nada,
pues se queda la Infanta sin remedio,
y casarle con ella está mas puesto
en razon, y en justicia.

Rey. De qué modo,

siendo casado el hombre?
Enr. Dandole muerte
él propio à su muger en justa pena
de su delito. *Rey.* Pues qué debe, Enrique,
la inocente muger?
Enr. Los grandes daños
con los menores atajar se deben;
menos mal es, que esa inocente muera,
que no que el Reyno quede destruido,
la Infanta sin remedio, el Rey sin honra.
Rey. Y si clama la sangre à Dios, Enrique?
Enr. No clamará q̃ no es de Abel la sangre.
Rey. Todo inocente la de Abel refresca.
Enr. David por Bersabé dió muerte à Urias,
y no era su muger, sino su Dama.
Rey. Y Natán, qué le dixo sobre eso?
y qué lloró David? *Enr.* Fue su deleite
la causa, y aqui, Rey, la causa es honra.
Yo si fuera este Rey hiciera à ese hombre,
que su muger matara, y se casara
con mi hija, y despues del homicidio
hiciera penitencia conveniente.
Rey. Bien dices, pues que no hay otro remedio
mas, lee este papel por vida mia,
veamos si confirmas lo que has dicho.
Enr. Dice asi. »Yo me casé *Turbase.*
»con Enrique de secreto.
Señor, qué es esto? à qué efecto?
Rey. Ese hombre el vasallo fué.
Esta letra no es posible,
que no la conozcas tú.
Enr. Jesus mil veces, Jesus,
caso espantoso, y terrible!
Rey. Tú fuiste Juez indiscreto.
Enr. »En secreto me gozó, *Lee.*
»fuese à España, y me dexó,
»Padre, sin honra en efecto.
»Como vés, vuelve casado,
»con sus hijos, y muger:
Señor, cómo puede ser?
mira que te han engañado.
Rey. Enrique, este papel ha escrito
mi hija, y de esta causa es el proceso,
tú el Juez, que sin verlo sentenciaste
contra tí, lo que has visto, yo no tengo
de buscar mas testigos, ni esto es cosa,
que tengo yo de andar en su probanza,
tú me diste el consejo; parte luego,
y à la Condesa quitarás la vida,
para que aquesta noche seas esposo
de la Infanta mi hija.
Enr. Señor? *Rey.* Conde,
no repliques palabra, tú lo has dicho,
tú has hecho esto, basta: Marqués Fabio.
Sale el Marqués Fabio.
Fab. Señor? *Rey.* Id con el Conde à su posada
con cien hombres de guardia, que se
queden à la puerta.
Enr. Suplíco à vuestra Alteza,
que si ha de ser, sin alboroto sea,
que yo gano en aquesto un bien supremo,
como se vé tan claro, pues yo gano,
no era necesario guarda, ó gente:
el secreto en aquesto es de importancia
à tí, à la Infanta, à mí, y à la Condesa.
Rey. Pues parte, y de su muerte echarás fama
por alguna ocasion, la que tú dieres,
y vuelve luego aqui. *vase.*
Enr. Yo vuelvo luego.
Fab. Qué es esto, Conde?
Enr. Mis desdichas, Fabio,
Fabio, mis desventuras; Fabio, muero.
Marqués, mirad, que os digo, ningun hombre
de quantos hizo Dios, puede haber visto
Fuerza tan lastimosa por su honra,
por su gusto, su bien, y por su casa.
Ha Cielos! penetradme con un rayo:
tierra, tu centro, tus entrañas rompe,
sepulta en tí la mas penosa vida,
que fué regida de mortal espíritu.
Ay cosa como esta! Ay tal suceso!
Ay Fuerza mas extraña, y lastimosa!
Yo à la Condesa? A un Angel en belleza,
en pura honestidad, y mansedumbre?
à aquellos ojos, aquel blanco pecho,
yo mismo, yo sin culpa? Jesus, Cielos!
Fab. No dés voces aqui, sal de Palacio.
Enr. Ven, y sabrás, Marqués, mi desventura.
Ay mi Isabela! ay mi querida esposa!
ay Rey cruel! ay Fuerza Lastimosa! *v.*
Salon. Sale Isabel con Belardo.
Isab. Esta noche no he dormido,
con mil sueños desvelada,
una Tortola casada
soñé, que estaba en su nido;
y que un fiero cazador
puso una flecha à su aljaba,

y con tres hijos la echaba
del nido: ay, Dios, qué dolor!
Levantéme, y dando abrazos
à mi Laurencia, sin vér
la ocasion que pudo haber,
cayóseme de los brazos.
Hice vestir à Don Juan,
y propuse de ir à Misa,
y por mas que me doi prisa
no parece el Capellan.
Aora el Conde no viene,
que nunca suele faltar.
Bel. Ya poco puede tardar.
Isab. Cómo? *Bel.* En los brazos te tiene.

Salen Enrique, y Fabio.

Enr. Isabela? *Isab.* Señor mio,
mi vida, mi bien, mi Enrique,
como hará que os signifique,
si en lágrimas no la envio,
el alma, el placer que tengo
de veros mas que otros dias.
Enr. Suspended las alegrias,
mi gloria, mirad que vengo
del Marqués acompañado.
Isab. Perdonad, señor Marqués,
que esto es amor. *Fab.* Justo es.
Isab. Sois hoy nuestro convidado?
Que en extremo me holgaria.
Fab. Soi tan vuestro servidor,
que aun pienso, que de este amor
parte alcanzarme podria.
Isab. Tan divertida quedé
con el Conde, que no os ví.
Fab. Con lo mismo que entendí,
mi señora, os disculpé.
Isab. Cómo venís, Conde, en quien
tengo vida, y por quien soi?
Cómo estais, y cómo estoi
en vuestra gracia tambien?
Enr. Aunque este gusto os resisto,
mi vida, no le tengais,
que mucho porte pagais
de cartas que no habeis visto.
Si las abrís, yo sé bien,
que os pesará de hacer fiestas
al sobre-escrito, y por estas
es fuerza que hoy os la dén.
Salte, Belardo, allá fuera, *vase Belardo.*
que esta puerta me es forzoso,
que cierre. *Isab.* Qué es esto, esposo,
cómo hablais de esta manera?
Enr. Ya la puerta está cerrada,
Fabio, decidle lo que es.
Isab. Qué es esto, señor Marqués,
qué es esto, que estoi turbada?
Fab. No sé si de enternecido
os podré hablar. *Isab.* Vos llorais?
qué es esto, Conde, no hablais?
qué puede haber sucedido?
Tambien vos estais llorando:
tan fuerte yerba fui yo,
que lágrimas os sacó
solo de estarme mirando?
Enr. Ay ojos que estos adoran!
Isab. Mirad, que es vergüenza vér
con ánimo una muger,
entre dos hombres que lloran.
Dos arroyos pareceis,
yo la yerba que regais;
mas si tanta agua me dais,
mirad que me anegareis.
Fab. Isabela desdichada,
en triste punto nacida,
debaxo de las Estrellas,
que influyen mayor desdicha.
Tan hermosa, como honrada,
siendo tú la honra misma,
que en el Sol de tus virtudes
las demás luces se miran,
Inocente, à quien un Rey
hoy manda quitar la vida
al hombre que mas te adora,
y al que mas tu bien estima.
Dechado de nobles Damas,
à donde los Cielos pintan
mas valores y excelencias,
que en las Matronas antiguas.
Española milagrosa,
que à las Romanas imitas,
y ellas à tí te imitáran
si fueran despues nacidas.
Sabe, que el Conde tu esposo,
quando à España se partía,
amaba, y era adorado
de nuestra Infanta Dionisia:
Creció el amor en la ausencia
con tanta melancolía,
que ha llegado à ser locura

llena de zelos, y envidia.
Hoi que te vió con tus hijos,
nació de aquella visita
decir à su viejo padre,
una cosa nunca oida.
Porque le ha dicho que el Conde
la gozó, siendo mentira,
porque el Conde me ha jurado
tantas cosas, tantas vidas,
que he conocido, que amor
à lo que dice la obliga,
con ánimo de gozarle,
loca, furiosa, y rendida.
El Rey por guardar su honor
(no sé como te lo diga)
le ha mandado, que te mate,
y se case con su hija.

Isab. Jesus! Marqués, eso es cosa
tan grande y encarecida?
Pensé yo, Fabio, que el Rey
al Conde matar queria. *llora.*
Vivid vos, amado Enrique,
vivid vos muy largos dias,
que como vos la tengais,
qué importa esta triste vida?
No lloro yo de pesar,
lloro de mucha alegría,
de que el Conde mi señor
en tan alto estado viva.
Mil años goceis, mi bien,
vuestra esposa, que os estima,
y procura con razon,
Reynas es razon que os sirvan.
Vos naciste para Rey,
Rey sois, y Dios lo permita,
pues vuestros merecimientos
à Cetro y Corona aspiran.
Y pues ya sois Rey, Enrique,
mercedes es bien que os pida,
no es bien que me las negueis,
por dos cosas que os obligan.
La una, que quando heredan
los Reyes à sus Provincias,
y Reynos, hacen mercedes,
por grandeza, y por justicia.
La otra, porque os casais,
que los Reyes tales dias
muestran el extremo à todos
de su grandeza excesiva.
Yo tengo de vos, Enrique,
tres hijos, no es bien que vivan
con madre tan extrangera,
con madrastra tan altiva.
El Conde de Barcelona
es mi padre, aqui está Arsinda,
un ama que me ha criado,
y vino en mi compañía.
Enviemolos à España
con ella, que mejor crian
abuelos que padres, hijos
de madre muerta, ò cautiva.
Haced esto, Enrique amigo,
si por ventura os obligan
tantos dias de regalo,
tantas horas de caricias.
Que si Dios me lleva à sí
como mi alma confia,
aunque yo soi pecadora,
su santa Sangre me aníma.
Yo le rogaré por vos,
por vos, mi prenda querida,
y por la señora Infanta,
muger vuestra, y Reyna mia.

Enr. Cesa de matarme hablando,
basten los rayos que tiras
con esos ojos, por donde
mi propia vida destilas.
Que ni para que yo sepa
tu virtud, Isabel mia,
ni para darte remedio
el vér tu humildad me obliga.
Bien sabe Dios, que no ha sido
de mí jamás ofendida
la honra del Rey, Condesa,
aunque la Infanta lo diga.
En esta locura ha dado,
propusome el Rey la enigma,
yo le he dado este consejo,
juzgué lo que no sabia.
Dár yo causa de tu muerte
solo en mi deshonra estriva,
matando contigo alguno
de los que en mi casa habitan.
Pero no permita Dios,
que con engaño y malicia
te quite el Conde la honra,
ya que te quite la vida.
Esto el Rey por un papel

en este punto me avisa,
que à la puerta me le dió
un Page, que con él priva.
Pero mas quiero, Condesa,
que los hombres me maldigan,
que no, que en este martirio
sin honra en la tierra vivas.
Los hijos de tus entrañas,
haz cuenta que ya caminan
à España con sus abuelos,
donde venganza les pidan.
Que no es justo, que en Irlanda,
queden de ti las reliquias,
con un Padre, que à su Madre
sin razon la vida quita.
Y porque me aguarda el Rey,
pon en tierra la rodilla,
en tanto, que à tu garganta
pongo esta funesta liga.

Isab. Hazme, señor, un placer,
por el postrero, bien puedes.

Enr. Que le tengas puede ser?
ni el Verdugo hace mercedes.

Isab. Mis hijos me dexa vér.

Enr. Vaya Fabio; aunque quisiera
que esto no me enterneciera:
pero al fin, martyrio aora,
y sin Angeles, señora,
descuido del Cielo fuera.

Fab. Llorando voi à traellos. *vase.*

Enr. Venid, mis Angeles bellos,
à vér vuestra Madre hermosa,
venid, para que os halleis
presentes al sacrificio,
porque contra mi jureis
en aquel tremendo juicio,
donde pedirme teneis.
Que yo me quiera excusar
con huir, no puede ser,
esta Isla cerca el Mar,
Guardas hizo el Rey poner;
el Rey la manda matar.
Valgame el poder de Dios,
si yo he de ser su homicida,
muramos juntos los dos.

Isab. Qué es esto, Enrique? ha mi vida,
el ánimo falta à vos?

Enr. No tienes de que espantarte,
que me falta la osadía.
Isabél, en esta parte,
que como eres alma mia,
faltame para matarte.
Dame esos brazos mil veces,
por vér si este bronce duro,
con regalarle enterneces:
quanto mas mal te procuro,
mas hermosa me pareces.
Qué haré si aora te mato,
y estando solo? Ay de mí!
Imagino en tu retrato,
qué hará esta noche sin tí
este tu marido ingrato?
Qué haré? Qué diré de cosas
tan tristes, tan desdichadas?
Qué me pasarán de espadas
las entrañas rigorosas?
Perdoname, veisme aqui,
que te mato, que te adoro:
duelete, Isabél, de mí,
y allá en el Celeste Coro
ruega à Dios, Angel, por mí.

Isab. No llores de esa manera,
que pareces tú el que está
temiendo la espada fiera.

Sale Fabio con un niño en los brazos, y los dos de las manos.

Fab. Aquí están tus hijos yá.

Enr. Queda algun hombre
allá fuera? *Fab.* Ninguno.

Enr. Cerraste? *Fab.* Sí.

Isab. Hijos, hoy os llamo aquí,
por testigos de mi intento,
que quiero hacer testamento,
bien estais juntos à mí.
Y sabe Dios, que quisiera
volveros donde os tenia,
porque quando yo muriera,
de una vida, con la mia,
quatro almas al Cielo diera.
Pluguiera à Dios, que mi ruego
oyera para que luego,
que me matáran aquí,
salieran almas de mí,
como centellas de fuego.
Hijos, hoy muero, hoy acaba
mi vida, no porque fuí
de culpa, ni infamia esclava,
la causa es, porque nací,

que para morir bastaba.
Mando à Dios el alma mia,
el cuerpo à la tierra fria,
que yá lo está deseando,
y estas mis lágrimas mando
al Conde para algun dia.
Al qual suplíco me abone,
y de no haberle servido
como merece, perdone;
pues el tiempo breve ha sido,
y enmedio el morir se pone.
Bienes que mandar no tengo,
soislo vosotros no mas,
y aunque à daros me prevengo,
no os apartaré jamás
de donde à poneros vengo.
Porque es en el alma à donde
os llevo, y amor esconde;
perdonad, amores mios,
del tiempo los desvaríos,
y las desgracias del Conde.
Por manda del testamento,
que la ley hace tan fuerte,
os mando, estad, Juan, atento,
que no le pidais mi muerte,
pues vos teneis sentimiento.
Mirad, que mas no ha podido
el Conde, pues fue forzosa,
poned en mi muerte olvido,
que esta es Fuerza Lastimosa,
y basta, que fuerza ha sido.
Enr. Isabela, bien está.
Isab. Juan, vos sois el Padre yá
de vuestros hermanos, creo,
que cumpliréis mi deseo.
Juan. Señora, à dónde se vá?
Isab. Hijo querido, à la muerte.
Juan. Lleveme consigo, Madre.
Enr. Dexa yá de entretenerte.
Juan. Por qué la mata mi Padre?
Isab. Por desdichada, y por fuerte.
No pidais mi muerte à Dios.
Juan. Si él la vé, qué importará
no se la pidais los dos?
Enr. Metedlos, Marqués, allá.
Juan. Ay, Padre, triste de vos!
Isab. Besame, Juan de mi vida,
vos, Laurencia, y vos Lisarda,
huérfana antes, que nacida.
Enr. Sueltalos. *Isab.* Aguarda, aguarda,
siquiera por despedida. *Llevanlos.*
Enr. Isabela, el llanto muda.
Isab. Yá mi garganta se pone,
Conde, à tu filo desnuda,
que pues el Sol se me pone,
la noche viene sin duda.
Tener vida no es razon,
despues de aquestos abrazos,
y que dure es confusion
sacandome tres pedazos
tan grandes del corazon.
Ea, de qué estais temblando?
mas por merced te demando,
que no me enlaces tus ligas,
si con las manos me ligas,
será el tránsito mas blando.
Poned las manos, señor,
salga el espiritu en ellas,
mas detendrale el amor.
Enr. Desvía tus manos bellas,
no despierte mi furor.
Isab. Pues no piensas abrazarme?
Sale el Marqués Fabio.
Enr. Ea, Isabela. *Fab.* Es yá muerta?
Enr. No acierto à determinarme,
ni el amor tampoco acierta
à matarla sin matarme.
Llega el brazo, y teme el pecho,
osa el pecho, y tiembla el brazo;
y quando llego de hecho,
en vez de apretar el lazo,
la abrazo con lazo estrecho.
Ay, quién no hubiera nacido!
Fab. Conde, yo he considerado,
que ser en esto atrevido
no es valor de pecho honrado.
Enr. Ay, Fabio, remedio os pido,
que habiendome de casar,
no es posible sin morir
la Condesa. *Fab.* Otro lugar
se puede en esto elegir,
y à otra mano encomendar.
Venga Isabela conmigo:-
Enr. Dónde? *Fab.* Yo tengo un criado
leal, y en lugar de amigo,
vive en un monte apartado,
y éste sin otro testigo
en el Mar la puede echar

en un barco, y un barreno
le puede dár al entrar;
y asi poco à poco lleno
de agua, irá al fondo del Mar.
Esta será de tu esposa
muerte y sepultura junta,
mas secreta, y mas piadosa,
y dí, si el Rey te pregunta,
que entre su arena reposa.
Enr. Bien has dicho, amigo Fabio.
Isab. Piadoso remedio y sabio.
Enr. Vete, Isabela, con él,
sea yo esposo cruel,
no verdugo de tu agravio.
Dirélo al Rey de esta suerte.
Fab. De mi lealtad conocida
no quiero satisfacerte.
Isab. A Dios, causa de mi vida.
Enr. Mejor dirás de mi muerte. *Vanse.*
Sala, y sale el Rey y la Infanta.
Dion. Crueldad notable fuera:
por mi voto estad muy cierto,
que Isabela no muriera.
Rey. Puesto que inocente ha muerto,
que fue justo considera.
Y pues, por tu liviandad,
pagó lo que no debia
la inocente castidad,
mira tu culpa en la mia,
y la tuya en mi maldad:
Esto fue razon de Estado.
Dion. Sinrazones fueron todas.
Rey. Con esto libre ha quedado
el Conde para tus bodas,
aunque no de estar culpado.
Si tuviera succesion,
matára al Conde, y pusiera
tu libertad en prision:
pero viva el Conde, y muera
de mi infamia la ocasion.
Dion. Si fui yo, por qué merece
muerte esa triste Española?
Rey. Porque mas justo parece,
que viva tu honra sola,
que es quien mas muerte padece.
Dion. No me puedo consolar.
Rey. Ni yo dexar de buscar
remedio à mi honor perdido.
Dion. De tan sangriento marido,
qué menos puedo esperar?
Rey. Que me has enojado advierte:
los dos somos homicidas,
tú por culpa, yo por suerte.
Dion. Mal se lograrán dos vidas
fundadas sobre una muerte.
Rey. No debes yá de querer
que dure mucho la mia
con tu loco proceder.
Sale Enr. A besar tus pies venía.
Rey. Habla, Conde, à tu muger. *Vase.*
Enr. Por qué se vá el Rey asi?
Está enojado conmigo?
Dion. Porque reprehension le dí
de tu crueldad, enemigo,
pues fue justo hacerla en tí.
Dí, infame Conde, qué hallaste
en mí, que de verme huiste
la noche que me gozaste?
Por qué la fé me rompiste,
y con otra te casaste?
No miras lo que has causado?
Enr. Miro, que soi desdichado,
y que yo no te gocé.
Dion. Qué dices? *Enr.* Que Dios lo vé,
y que Dios me ha castigado.
Dion. Pensé, que negar querias.
Enr. Aora bien, muerta Isabela,
qué haré? *Dion.* Pues que tenias
con tu engañosa cautela
secas las entrañas mias,
no puedo negar que has sido
amado como marido,
y que aora lo has de ser:
procura, Conde, poner
à tu Isabela en olvido.
Enr. Yá lo haré, señora, asi.
Dion. Vamos à desenojar *Van.*
al Rey. *Enr.* Yá voi, ay de mí!
Si habrán entrado en el Mar:
si estaba la barca allí.
Cielo, Sol, Estrellas, Luna,
Elementos, hombres, aves,
fieras sin razon alguna,
Mar azul, donde mil Naves
corren tormenta, y fortuna.
Esta barquilla que llega
á vuestras piedras temblando,
con dos Angeles navega,

ved

ved que la están barrenando,
ved que se pierde y anega.
No seas, Mar, su enemigo,
madre tierna dale abrigo,
viento, dexala correr,
que no se puede perder,
quien lleva el Norte consigo. *Vase.*

Marina. Octavio, Polivio Tereo, é Isabela, y dicen dentro.

Octav. Acosta, acosta, Patron:
rema apriesa. *Pol.* El viento es bravo.
Octav. Llega, aborda, dale un cabo.
Isab. Cielos, tus milagros son.
Octav. Asela en brazos, Tereo.
Ter. Yá la tengo. *Octav.* Caminad
à la orilla. *Isab.* Tu piedad,
Cielo, en mis desdichas veo.

Sacan à Isabela en los brazos.

Octav. Tienes vida? *Isab.* Vida tengo.
Octav. Esfuerzate. *Isab.* Eso procuro.
Octav. Yá tienes puerto seguro.
Isab. Basta que à tus manos vengo.
Octav. De Dónde eres? *Isab.* Española.
Octav. Española, y aquí? *Isab.* Sí,
que de una Armada, yo fui
la que me he librado sola.
Octav. Eres casada? *Isab.* No sé,
que fue mi ventura corta.
Octav. Dadle que coma. *Isab.* No importa,
ánimo, señor, tendré.
Pol. Quién duda que es principal?
Tereo. Necio, no se echa de vér?
Octav. Quien eres deseo saber.
Isab. De esta tierra natural.
Octav. De que me encubras me agravio
tu nombre, hombre noble soi.
Isab. Pues dime, en qué tierra estoi?
Octav. En tierra del Duque Octavio.
Isab. Eres tú? *Octav.* Yo soi, que andaba
pescando en aquella orilla,
que el Mar furioso anegaba.
No temas, que en mi poder
nada te puede faltar.
Isab. Solo te quiero obligar,
con decir, que soi muger.
La Corte del Rey de Irlanda
está lexos? *Octav.* Cerca está.
Isab. Tú piensas volver allá?
Octav. Qualquiera cosa me manda,
que ir à la Corte no sea,
donde ha seis años no entré.
Isab. Antes yo procuraré,
que nadie en ella me vea.
Octav. Si para qualquiera cosa
que intentes, menester fuese,
que en tu servicio ofreciese
la vida, Española hermosa,
no dudes, porque me inclinan
de tal manera tus ojos,
que le ofrezco por despojos
à sus Estrellas divinas.
No soi casado, ni tengo
à quien dár cuenta de mí.
Isab. Yá olvido el bien que perdí,
pues en tí à cobrarle vengo.
Mas tu Estado te prometo,
tu vida, y tu honor tambien,
no me puedes dár mas bien,
que guardarme con secreto.
Octav. Esto te importa? *Isab.* La vida
por lo menos. *Octav.* Pues yo haré,
que aqui tu persona esté
quanto quisiere escondida.
Isab. Tu palabra me asegura.
Octav. Al mismo Cielo la doi.
Isab. Vamos. *Octav.* Bien perdido voi
por tu divina hermosura.

JORNADA TERCERA.

Salon. Salen el Rey, Dionisia y Celinda.

Dion. A su culpa corresponde,
mayor castigo merece.
Rey. En fin, qué yá convalece
de su enfermedad el Conde?
Dion. Larga, y peligrosa ha sido,
y llena de confusion,
mas no para la ocasion
que de tenerla ha tenido.
Rey. Muy como muger procedes,
pues vienes à aborrecer
lo que solías querer,
quando yá gozarle puedes.
Sospecho, que quieres mal
à Enrique. *Dion.* No le aborrezco:
pero mucho me entristezco
de verle tan desigual,
que yá que por su rigor

à la Condesa dió muerte,
no veo que se divierte
de aquel su pasado amor.

Rey. Dionisia, si tuyo ha sido
de este suceso el error,
busca marido à tu honor,
y no à tu gusto marido.
El Conde llora à su esposa.

Celind. Y razon debe tener,
que era una santa muger,
y por todo extremo hermosa;
mas dame que venga à estár:
con tu buena compañía
verás, que este mismo dia
ama, y comienza à olvidar.

Rey. Hoy, pues el Conde está bueno,
se desposará contigo.

Sale Clen. Parece justo castigo
del Cielo, de enojos lleno,
rayos son de su venganza.

Rey. Qué es esto, Clenardo? *Clen.* El Conde,
que en todo tan mal responde
al gusto de tu esperanza.
Acabado de vestirse
las galas de desposado,
quando en el siniestro lado
quiso la espada ceñirse.
Quedóse suspenso un rato,
y al fin, de esta suspension
dixo, que vió una vision,
de su Isabela retrato.
Y diciendo, espera, espera,
se comenzó à desnudar,
y se ha querido matar,
si por nosotros no fuera.

Rey. Ha, Cielos, que de esta suerte
su injusta muerte revela!
Qué la sangre de Isabela,
la pide Dios de esta suerte?
Hija, qué tengo de hacer?

Dion. Aplacar à Dios con ruegos.

Rey. Todos estuvimos ciegos.

Sale el Conde Enrique en calzoncillos, haciendo locuras, y dos criados huyendo.

Enr. Aguarda, aguarda, muger,
espera Isabela hermosa.

Rey. Tenedle, asidle. *Enr.* Dios sabe,
que me es la vida mas grave,
que la mas pesada cosa.
Qué esperas, muerte? à quién digo?
mata (oh muerte!) à un homicida;
mas dexame con la vida,
por darme mayor castigo.
Si no sabes quien mató
à la Condesa, yo fuí.

Rey. Hacedle callar. *Enr.* Y à mí
este Rey me lo mandó.

Rey. Conde, quien eso te oyere,
qué juzgará de los dos?

Enr. Temed vos, que os juzgue Dios,
quando llamaros quisiere;
y al mundo no le temais,
si para Dios no sois bueno,
para el mundo yo os condeno,
por bueno que parezcais.

Dion. No está loco en lo que dice.

Rey. Cómo no? su furia espanta.

Enr. Dicen, que gocé la Infanta,
mal me haga Dios si tal hice:
que la verdad de esto es,
que ello estaba concertado,
estando el Cielo nublado
entre las dos y las tres.
Pero pusome en prision,
quién pensais? aqueste viejo,
con sus barbas de conejo;
y entre tanto, un abejon
se comió un panal de miel,
por qué me prenden à mí,
que quando à cogerle fuí
solo el corcho estaba en él.

Rey. Todavia contradice
tu opinion. *Dion.* Eso me espanta.

Enr. Dicen, que gocé la Infanta,
mal me haga Dios si tal hice.
Algun bellaco embozado,
que se entró por el balcon,
viendo encueros la ocasion,
quiso acostarse à su lado.
Que yo por ningun tormento,
que el Rey me pudiera dár,
si la pudiera gozar,
negára el atrevimiento:
Ay, Dios! Tapadme los ojos,
tapadme. *Cel.* Qué te desvela?

Enr. No vés como está Isabela
llena de tristes despojos?
No la vés alto los pies,

cubierta de negro luto,
con el lastimoso fruto
de mis hijos todos tres?
Y no vés à Juan llorando,
à Ricardo, y à Laurencia,
testigos de la sentencia,
que el Cielo está pronunciando?
Mi conciencia me lo dice,
que un Angel mató una Santa:
dicen, que gocé la Infanta,
mal me haga Dios si tal hice.

Dion. Qué aqueste fin ha tenido
tu intento, Padre engañado?

Rey. Amor, y honor me han forzado,
y tuya la culpa ha sido

Enr. O Isabela! O Serafin!
que hasta el Cielo vér no aguardo;
que no hubiera un Mandricardo,
que diera muerte à Cervin!

Clen. Extraña furia le toma,
mas tanto amor le combate.

Enr. Que mi gallina me mate,
y mis tres pollos me coma?
Buenos mis negocios ván:
quién tendrá en esto paciencia?
Apelo de la sentencia,
para el señor Preste Juan.
Dirálo un Juez de palo,
término pido, y repido:
mas cómo termino pido
à quien le tuvo tan malo?

Rey. Aora bien, Dionisia, este hombre
ha de morir; porque enmedio
de este mal, solo es remedio,
para tu fama, y mi nombre.
En este fin se remata
todo el daño que hemos hecho,
pues vivo, no es de provecho,
y muerto, tu infamia mato.

Dion. Ese es remedio. *Rey.* Ese hallo.

Enr. Eso no, milano fiero,
gallina, y pollos primero,
y aora quereis el gallo?
Vive Dios, que he de cantar
antes que amanezca Dios,
que me lo mandasteis vos,
aunque soi para negar.
Yo morir, siendo alma en pena?

Celind. Señor, matadle es crueldad,

Rey. Pues con esta enfermedad,
no aguardo de él cosa buena.

Celind. Señor, causa de esto ha sido,
que el Conde dos dias ha estado
sin comer, de que ha quedado,
como vés, desvanecido.
Hazle comer y beber,
y verás que vuelve en sí.

Rey. Traed de comer aquí,
denle à Enrique de comer.

Enr. Ha, perros, qué concertais?
darme veneno comiendo?
Si pensais que no lo entiendo,
muy engañados estais.
Ven acá, Rey embutido,
Herodes entre inocentes,
remedio de inobedientes,
y entre remedio perdido.
Por qué mandaste cortar
el blanco cuello à Isabela?
Con qué azucar y canela
se puede aora curar?
Todo el mundo te maldice.

Clen. Mucho el furor se adelanta.

Enr. Dicen, que gocé la Infanta,
mal me haga Dios si tal hice.

Clen. No hay quien no se atemorice.

Celin. No se ha visto fuerza tanta.

Enr. Dicen, que gocé la Infanta,
mal me haga Dios si tal hice.

Vase Enrique tras los criados, y sale Fabio.

Dion. Hacedle, pues, encerrar,
que mi infamia no publique.

Fab. Dónde vá corriendo Enrique?
Por qué le mandas matar?

Rey. Fabio, encerrarle he mandado,
porque está loco, y publíca
mi infamia. *Fab.* A buen tiempo aplica
ese sentimiento honrado.

Rey. Cómo? *Fab.* Como aora llega
del Conde de Barcelona,
à donde él viene en persona,
y mil Banderas despliega,
al Puerto una fuerte Armada,
llena de gente Española,
cuya entrada, y salva sola,
de primera rociada,
puso el primer Fuerte en tierra,

y à la playa en barcos sale,
donde de los pies te vale,
à por gente de la guerra,
que huyendo la fiera muerte
con que te amenaza el Conde,
ván enseñando por donde
pueden llegar à prenderte.
Mira, señor, qué has de hacer.
Rey. Por puntos crece este daño,
y para mi desengaño
basta ser causa muger.
Quién te parece à tí, Fabio,
que sea mi General?
Fab. Pues dura del Conde el mal,
haz que venga el Duque Octavio.
Rey. Ha seis años que no viene
á la Corte. *Fab.* Hasle agraviado?
Rey. No. *Fab.* Pues el Duque es soldado
y hombre que experiencia tiene.
Iréle à llamar? *Rey.* Camina,
y entre tanto haré juntar
gente que camine al Mar.
Dion. Esta es Justicia Divina. *Vanse.*
Sala. Sale el Duque Octavio, è Isabela.
Octav. Qué eres, hermosa Española,
del Conde Enrique muger?
Isab. Soi la que solía ser,
Octavio, su muger sola.
Y pues palabra me has dado
del secreto prometido,
y del amor pretendido,
yá quedas desengañado.
Haz de manera, que pueda
volver à mi Patria España,
pues mi vida en tierra extraña
en tanto peligro queda.
Octav. Enrique, Isabela hermosa,
fue competidor conmigo:
dos años fue mi enemigo,
en competencia amorosa.
Y aunque entonces es verdad,
que está en su punto el rigor,
luego que acaba el amor,
se acaba la enemistad.
Y digo, que de tu cuento
solo à tí misma te diera
crédito quien conociera
de Enrique el entendimiento.
Es posible, que aunque el Rey
mil muertes amenazára,
y que en él la executára,
ya por fuerza, ya por ley,
osó entregarte à la muerte,
y dár tus hijos à España?
Isab. No fue suya aquesta hazaña,
mas del rigor de mi suerte.
Aunque no sé si el Reynar,
que es poderosa disculpa,
fue la ocasion de la culpa.
Octav. Al fin, te mandó matar?
y debe de estar casado
con Dionisia injustamente.
Isab. Cómo? *Octav.* Porque está inocente
de la culpa que le han dado,
y como tú me prometas,
que un secreto callarás,
quien la ha gozado sabrás.
Isab. No han sido menos secretas
las cosas que te he fiado,
mas por otras las troquemos.
Octav. Mil cosas escritas vemos,
ò acaso nos han contado,
imposibles nos parecen;
pues sabete que yo fuí
quien la gozó. *Isab.* Cómo así?
qué cuidados se me ofrecen! *ap.*
Octav. Con una industria amorosa,
en un obscuro aposento,
me dió Amor atrevimiento,
y gocé la Infanta hermosa,
y una sortija le dí,
por el Conde. *Isab.* Extraño enredo!
Octav. Y esta que traigo en el dedo
me dió tambien ella à mí.
Quanto à ella, bien conviene
hacer al Conde casar;
quanto al Conde, no hay dudar,
de la inocencia que tiene.
El fue à España, yo à mi tierra,
donde seis años he estado,
que es el tiempo que casado
de ella el Conde se destierra.
Disculpale del error,
y culpale de tu injuria.
Isab. Culparé del Rey la furia,
y disculparé su honor.
De Enrique, no digo nada,
que le he querido de suerte,

que me pesa, y que mi muerte
fue sin efecto ordenada.
Pero pues ya estoi sin él,
dexame, Octavio, gozar
de mis hijos, que es estár
casi con tres partes de él.
Tres son mis hijos, bien digo,
tres partes del Conde son,
una falta al corazon,
tengala el Conde consigo.
Y pues esto fuerza es,
ò gusto de la fortuna,
mejor estaré sin una,
Duque, que sin todas tres.
Ese anillo te pidiera
por consuelo de mi mal,
si à pedirte merced tal
mi desdicha se atreviera.
Con él fuera consolada;
mas si le tienen amor,
no es justo. *Octav.* Si en tu dolor,
Isabela desdichada,
causa esta prenda consuelo,
servirte de ella podrás. *Dásela.*
Isab. No puedo obligarte mas,
que con obligar al Cielo.
Octav. Polivio? *Pol.* Señor. *Octav.* Al Puerto
con esta Dama camina,
y en llegando à la Marina,
la entrega à Atilo, ò Alberto,
que en este primer viage
la pasen à Barcelona,
que cuiden de su persona;
y para el matalotage
haz que le dén mil escudos.
Por secreto no te encargo
á mas gente. *Isab.* Este hombre basta.
Octav. A Dios, Isabela casta.
Pol. Yo llevo un hermoso encargo.
Isab. A Dios, Duque generoso.
Pol. Por Dios, que antes de llegar
al Puerto la he de gozar. *Vanse.*
Octav. Caso extraño, y espantoso!
que de aquel atrevimiento
haya este mal sucedido!
Que mia la causa ha sido,
y de Isabela el tormento!
Ved al cabo de seis años,
que esto à verdad se reduce,
el fruto que aqui produce
la causa de mis engaños.
Todo es daño, y compasion
de una muger inocente.
Sale Fab. Aunque no quiera tu gente::-
Octav. Fabio, en aquesta ocasion,
à dónde bueno? *Fab.* Por tí.
Octav. Llamame el Rey por ventura?
Fab. Por ventura, y tan segura,
que albricias te pido. *Octav.* Asi?
pues qué me quiere? *Fab.* Que seas
de una empresa General.
Octav. Traes gente? *Fab.* El Baston Real,
solo para que lo creas.
Octav. Si es por mi daño, Marqués,
en mi tierra estoi, no quiero
servirle. *Fab.* Soi Caballero,
crédito es bien que me dés.
Yo hago el pleyto omenage
al Cielo y à tí, que es cierto
lo que digo, por el Puerto
recibe de España ultrage,
con Navios, que han llegado.
Octav. Yá la ocasion adivino.
Fab. Vamos, que por el camino
te diré lo que ha pasado.
Octav. Es del Conde Enrique hazaña?
Fab. Y de Dionisia cautela.
Octav. Peligro corre Isabela, *ap.*
en no llegar presto à España. *vase.*
Sale un alarde de Soldados con caxa, clarin, vandera negra, y en ella pintada Isabela: sale D. Juan armado con una sotanilla negra, y el Conde de Barcelona.
Cond. Aunque justo parece, que vengára
la muerte de mi hija como Padre,
y que el baston de General llevára,
mejor será que à vos el cargo os quadre:
si à mí por viejo, la experiencia es clara,
amor, por el dolor de vuestra Madre,
nieto os hará mover aquesto zelo,
con guerra el mundo, con justicia el Cielo.
Este es el General, nobles Soldados,
este es mi Nieto, y de Isabela hijo,
de su inocencia estais desengañados,
el Conde por sus cartas os lo dixo,
pues si vais de razon tan justa armados,
con justa causa un Niño tierno elijo
por General contra su fiero Padre,

cubierto de la sangre de su Madre.
D. Ju. Famoso Conde, y noble Abuelo mio,
gloria, y honor del nombre de Moncada,
pequeño corazon, y grande brio
rigen este Baston, y aquesta Espada,
pero tan grande ya con vos le crio,
y con la injuria de mi madre amada,
què dentro de dos dias este pecho
ha de romper, como aposento estrecho.
Para asombrar està cobarde gente,
yo basto solo, fuera de que es justo,
que un inocente vengue à un inocente,
del Cielo vengador acuerdo, y justo:
además, que soi hombre tan valiente,
y para casos de honra tan robusto,
que al Rey cruel, desafiar pretendo,
y con favor de Dios vencerle entiendo.
Cond. Besar quiero la boca, que tal dice,
ò con aquestos brazos levantarte,
Toma el Niño en brazos.
porque esta cana barba te autorice.
Alto estás, mira bien ese Estandarte,
y aqui la historia trágica infelice,
quiero desde mis brazos enseñarte (lo,
de tu infausta madre::- *D. Ju.* No, Abue-
no le quiero mirar, baxadme al suelo,
que pues llorar es fuerza, puesto en alto,
anegaré con otro mar la tierra:
Vamos à darle el primer asalto,
verás qué corazon mi pecho encierra.
Cond. Dadme la sangre, de que ya estoi falto,
à fuego, y sangre les publíco guerra.
D. Ju. Vayan espías à vér qué hace
el Rey. *Sold.* Bien dice.
Cond. De otra causa nace. *Vanse.*
Salen el Rey, Dionisia, y Clenardo.
Rey. Perdidos somos.
Dion. Qué remedio pones
en tanta desventura? *Rey.* Vé, Clenardo,
y trae de la prision atado al Conde.
Clen. A qué efecto le quieres loco, y preso?
Rey. Vé à hacer lo que te mando.
Clen. En todo se engaña el Rey.
Dion. Qué intentas con Enrique?
Rey. Darselo intento, à quien por él me
en tanto aprieto. (pone
Dion. Esa es crueldad notable.
Rey. Pues si Ramon, qual vés, está desem-
barcando
tanta copla de gente en esta Isla,
desierta de reparo, y desarmada,
y derriba mis Villas, y Castillos,
y sin nuestra prision no se contenta,
q̃ puedo hacer mejor, q̃ darle à Enrique?
Enrique es loco, Enrique es hõbre inutil,
por Enrique esta guerra origen tubo,
à Enrique quiere el Conde.
Sale Clenardo con Enrique atado.
Clen. Aqui está Enrique.
Rey. Haz luego, que le lleven cien Soldados
al fiero Catalán, y dí, que vengue
con el duro homicida de su hija
su sangre, de que yo no estoi culpado:
matandole podrá vengar su honra.
Enr. Aora sí, que cumples mis deseos,
piadoso Cielo; aora sí que llega
otra vez la razon de mi discurso:
cobré sentido con oir mi muerte,
y con vér, que à las manos de mi hijo
voi à que vengue la sangre de su Madre.
Protesto al Cielo, y à sus Santos todos,
à sus inteligencias, y à sus luces,
que no debo à la Infanta cosa alguna
de su honor, ni yo fui de ningun modo
aquel de quien se quexa, pues la noche
de su desgracia, el Rey me tubo preso.
Verdad es, que confieso, que esta muerte
la debo por la muerte de Isabela. (go!
Rey. Llevadle luego. *Enr.* O bárbaro enemi-
presto verás de tí mayor castigo. *llevanle.*
Dion. A quién no mueve à sentimiento este
desdichado Conde? *Rey.* Yo, Dionisia,
quedo temiendo su inocente muerte.
Esta protestacion que al Cielo hace,
à la tierra, à las fieras, y à los hombres,
que no ha sido el autor de tu deshonra,
à quién no puede dár cuidado?
Dion. Aquellos que supieren
de que Enrique está loco,
que no es tan cierto el dia,
como es cierto
ser el autor de la deshonra mía.
Sale Fabio y el Duque Octavio.
Fab. Aqui está el Duque Octavio.
Rey. Amigo Duque?
Oct. De V. A. à Octavio sus pies invictos.
Rey. Tanto tiempo sin veros?
Octav. No pudiera,

señor, menos ausencia de la Corte
visitar mis Estados, que tenia
perdidos, y empeñados su asistencia.
Rey. Ya sabrás el aprieto
en que al presente me tiene puesto
del Español la Armada. *Oct.* Ya he sabido
del Marqués el agravio, y la venganza,
y el remedio conviene que sea presto.
Rey. Venid donde sepais lo que he trazado,
si no bastáre haberle dado à Enrique,
que es lo que dicen que pretende el Conde.
Fab. A Enrique has dado al Español?
Rey. Aora
de dár acabo al Español à Enrique.
Fab. Porq̃, dí, tan gran crueldad has hecho?
Rey. Enrique es la ocasion, Enrique muera,
fuera de que ya es loco, y hombre inutil.
Fab. Yo perderé la vida en su defensa.
Octav. Yo, Dionisia, mirandote, mi herida
vierte sangre de nuevo.
Dion. Venís bueno, Octavio?
Octav. A tu servicio, y tan perdido
como aora seis años. *Dion.* Sabe el Cielo,
que estoi arrepentida de no amaros.
Octav. Yo no de mi aficion, ni de gozaros.
Vanse, y sale Isabela en avito de hombre.
Isab. Dexando al traidor dormido,
que el Duque me dió por guarda,
y tomando su vestido,
vengo donde el Mar me aguarda
con pensamiento atrevido.
Forzarme quiso el villano;
mas como el sueño, y el vino
le detuvieron la mano,
enfrenó su desatino
la noche, descanso humano.
Pero quando el Alba apenas,
sobre rosas, y azucenas,
vierte el aljofar, tomé
su vestido, y caminé
por estas blancas arenas.
Allá queda, en fin, el mio,
y en poder de dos villanos,
que reirán su desvarío.
Salen Lucindo, Fenicio, y Soldados Españoles con escopetas.
Luc. Rinde á este cordel las manos,
ò aqueste Irlandés te envio.
Isab. Ten el arcabuz, Soldado,
que no soi hombre de guerra,
aunque traigo espada al lado.
Fen. Basta ser de aquesta tierra,
y que aqüi te hemos hallado.
Luc. Bien dices, que esta es espía.
Isab. Españoles, no podia *atanla.*
darme el Cielo mas bien junto,
que rendiros à este punto
la espada, y la vida mia.
Pero ya que os dí la espada,
y rendida mi persona,
decidme, cuya es la Armada?
Luc. Del Conde de Barcelona. *Isab.* Quién?
Luc. Don Ramon de Moncada.
Isab. Cielos, hay ventura igual!
Fenic. Aqui viene el General,
llega, è hinca la rodilla.
Sale D. Juan Niño con su baston de General, y el Capitan Carlos.
D. Juan. En fin, se rindió la Villa.
Cap. Temiendo tu Vando Real.
Isab. Qué es esto, Cielos, que veo?
No es este Niño Don Juan?
Hijo; mas teneos, deseo,
que abrazos que atados ván,
à mal tiempo los empleo.
Las lágrimas derramadas
por los ojos de placer,
han sido mas de mandadas,
que lo pudieron hacer,
como no estaban atadas.
Quierome disimular,
si lo permite el contento.
Fenic. Aora puedes llegar.
D. Ju. Qué es esto? *Luc.* Aqui te presento,
General de Tierra, y Mar,
del enemigo esta espía.
D. Juan. A qué venias? *Isab.* Venia
bien libre de ver tal bien,
donde no esperaba quien,
el mayor bien que tenia.
D. Juan. Qué es lo que hace el Rey?
Isab. No lo sé,
porque jamás mi Rey fue.
D. Juan. Qué es lo que tiene pensado,
para defender su Estado,
despues que à Irlanda llegué?
Isab. Jamás, señor, lo entendí.
Cap. Manda, que le dén tormento.

D. Juan. Traed un tormento aqui.
Isab. No es el primero que siento,
noble General, por tí.
D. Juan. Por mí dolor has sentido?
Isab. El mayor que puede ser.
D. Juan. Yo soi muy agradecido,
y lo deseo saber,
que me lo digas te pido.
Isab. A su tiempo lo sabrás.
D. Juan. Desatadle. *Cap.* Aqui le mata
à tormentos. *D. Juan.* Necio estás:
desatadle, que retrata
la cosa que quiero mas.
Cap. Son como tú los Soldados?
porque teneis buen aliño.
D. Juan. Tendrá el Rey pocos cuidados,
como vé el General Niño,
trae Soldados desbarbados.
De dónde eres? *Isab.* No lo vés?
Español soi de Nacion.
D. Juan. De dónde? *Isab.* Barcelonés.
D. Juan. Que le honremos es razon.
Isab. Beso, General, tus pies;
y cree no soi espía,
sino un hombre, que servía
al Conde Enrique tu padre.
D. Juan. Y conociste à mi madre?
Isab. Sí Señor. *D Juan.* Ay madre mia!
Dónde ibas? *Isab.* Iba à España.
D. Juan. Dadle la espada. *Isab.* Es hazaña
de valor grande, Don Juan.
D. Juan. De hoy mas serás Capitan,
tú mi persona acompaña.
Isab. Siendo tú muy pequeñito
te acompañé nueve meses.
D. Juan. De esa obligacion me quito.
Isab. Si las que tienes supieses,
era proceso infinito. *D. Juan.* Cómo?
Isab. Tambien te he criado,
aunque no me has conocido;
mas pues que à tiempo he llegado,
que el amor que te he tenido
te muestre en ser tu Soldado,
dame para cierto efecto
licencia. *D. Ju.* Parte en buen hora. *vas.*
Cap. Que es gallardo te prometo.
D. Juan. Su rostro, Carlos, adora
mi pensamiento secreto. *Cap.* Cómo?
D. Juan. Si no fuera muerta
mi madre, que era jurára
aquesta sombra encubierta.
Cap. Mucho le imita en su cara.
Sale el Conde de Barcelona, Clenardo, y Enrique atado, con guarda.
Cond. No poco el de Irlanda acierta.
Clen. A Enrique, Señor, te envia,
y suplíca, que su muerte
ponga freno à la osadía
de tu gente airada, y fuerte. *vase.*
Cond. No poco he puesto à la mia,
viendo presente el traidor,
que deteniendo la mano,
de rodillas por el suelo:
Don Juan? *D. Juan.* Abuelo, Señor,
qué es esto? *Cond.* Un hombre villano,
homicida de mi honor.
Un hombre, que por reynar
mató la mejor muger,
que en el Mundo pudo hallar:
un hombre, que te dió el sér,
que le quisiera quitar.
Este es aquel que mató
tu madre santa, y hermosa.
D. Juan. Padre, nunca pensé yo,
que hicierades vos tal cosa.
Enriq. Hijo, un hombre me forzó.
D. Juan. Un hombre puede forzar
à nadie el libre alvedrio?
Cond. Admira el oírle hablar. *ap.*
Enr. Hombre he nacido, hijo mio,
y como hombre pude errar.
D. Juan. Matasteis mi madre, padre,
por casaros con la Infanta.
Qué disculpa habrá que quadre,
siendo tan hermosa, y santa,
como vos sabeis, mi madre?
Arrojastela à la Mar,
pensando poder labar
con tanta agua tal pecado;
mas lo que sangre ha manchado,
con sangre se ha de sacar.
Y pues que sangre ha de haber,
de vos la sangre confio,
que la que se ha de verter
no ha de ser, Abuelo mio,
de sangre que me dió el sér.
Ante el tribunal, Abuelo, *de rod.*
de vuestra clemencia justa

de aquesta sentencia injusta
de parte del Conde apelo.
Mi madre es muerta, señor,
si mi padre muere asi,
yo moriré de dolor.
Enr. Hijo, no ruegues por mí,
que haces mi pena mayor.
Cond. Para mi injuria, y poder
bien fue su sangre importante,
à donde te vengo à vér:
cómo te puedo ofender
con esta imagen delante?
Y como para templar
la ira, es bueno mirar
su rostro un hombre al espejo,
porque me ha visto, te dexo
de castigar, y matar.
Es mi nieto espejo mio,
tú la guarnicion, y tal,
que sin romperte porfio,
pongo à peligro el cristal,
y por eso me desvio. *vase.*
Enr. Señor, dónde vás asi?
matame, yo te ofendí:
hijo, abrazame. *D. Juan.* Detente,
que estando mi Abuelo ausente,
queda tu enemigo en mí.
Enr. Pues matame tú tambien,
porque mis entrañas abras,
que no hay muerte que me dén
mas fuerte que esas palabras.
Cap. El Español viene. *D. Juan.* Quién?
Cap. El que hiciste Capitan.
Sale Isab. Ya tratan fuerte Don Juan,
los enemigos que vés,
de echarse à tus nobles pies,
y concertandolo están:
servirte quieren, y honrarte.
D. Juan. Carlos? *Cap.* Señor?
D. Juan. Oid à parte:
No disgustemos mi Abuelo,
prended mi padre, aunque el Cielo
sabe que el alma me parte.
Mas por darle confusion,
pongale ese hombre en prision,
que se parece à mi madre,
porque viendole mi padre
conozca su sinrazon. *vase.*
Cap. Como lo mandas lo haré:
Soldado, cómo es tu nombre?
Isab. Tomás, señor, me llamé,
despues que ví, que en un hombre
faltó la sangre, y la fé.
Cap. Ese preso has de guardar,
que el General lo mandó:
tanto te pretende honrar.
Isab. Dónde estará bien guardado
Cap. En una nave en el Mar.
Isab. Sin cuidado podeis ir,
que yo le haré llevar luego.
Cap. Voime. *vase.*
Enr. Y yo fuera à morir:
esto, Soldado, te ruego,
que ya me cansa el vivir.
Isab. Quién eres? *Enr.* Ya no lo vés?
Un hombre, à quien la fortuna,
dando su nave al través,
desde encima de la Luna
pudo baxar à tus pies.
Un hombre, à quien hoy combate
un enfadoso vivir,
y pesar que se dilate;
y porque quiere morir
no halla un hombre que le mate.
Pero tú, Español Soldado,
à quien por guarda me han dado,
eres por dicha la sombra,
que de Isabela me asombra?
dónde ese rostro has hurtado?
Ya que en la tragedia muero
de mis malogrados bienes,
que vivo cobrar no espero,
si eres sombra, cómo vienes
antes del acto postrero?
Eres el hijo mayor
del Conde? Eres mi cuñado?
habla, que tengo temor
de vér que no me has hablado,
mirandome con rigor.
Isab. Enrique, el hombre que ha muerto
à sangre fria algun hombre
inocente, y encubierto,
siempre trae con su nombre
viva la imagen del muerto.
Debete de parecer,
que parezco à tu muger,
porque en tu mismo pecado
[s]iempre retratado

en quanto aciertas à vér.
Mas pues que conmigo estás,
la razon no me dirás
de dár à Isabela muerte?
Fue flaca muger por suerte?
Hizote ofensa jamás?

Enr. Fue santa, llegado à eso,
solo un Rey pudo forzarme;
mas yo, llorando el suceso,
paguéla con no casarme,
y luego perdiendo el seso,
viendome inutil, me entrega
al Conde: yo por morir,
y no hacer lo que me ruega,
doi en llorar, y fingir,
por vér si mi muerte llega.

Isab. Qué, no te has casado? *Enr.* No.

Isab. Bien has hecho, que yo sé,
que otro à la Infanta gozó.

Enr. Quién? *Isab.* El Duque Octavio fue.

Enr. Por él lo he pagado yo:
eso suenase en la Corte?

Isab. Hasta aora no se suena:
pero quiero que se acorte
tu peligro, y tu cadena,
y que tu cuello no corte
la espada del Conde airado:
vete, Enrique desdichado,
donde el hado te aconseja.

Enr. Dexa la cadena, dexa,
suelta piadoso Soldado.
Yo agradezco tu piedad,
y verás como yo veo
en la tuya, y mi verdad,
que porque morir deseo,
todos me dán libertad.

Isab. Vete, Conde. *Enr.* No lo mandes.

Isab. No es mejor que libre andes,
y negociareis mejor?

Enr. Desear vida, es error
donde hay trabajos tan grandes;
causame mas confusion,
vér, que en aquesta ocasion,
porque à Isabela pareces,
que me dió vida mil veces,
tienes de mí compasion.

Isab. Qué no te irás? *Enr.* No podré.

Isab. Pues qué has de hacer?

Enr. Morir. *Isab.* Por qué?

Enr. Por pagar mi culpa.

Isab. Ya la pagas. *Enr.* No hay disculpa.

Isab. Disculpa habrá. *Enr.* No la sé.

Sale el Conde de Barcelona, y D. Juan Niño, el Rey, Dionisia, Celinda, Clenardo, Octavio, y Fabio.

Rey. Si despues de darte al Conde
quieres mas satisfaccion,
tú mismo á mi honor responde.

Cond. Sucesos extraños son,
que el tiempo en su pecho esconde.
Qué hiciste de él? *Isab.* Aqui está.

Cond. Huelgome, que vivo estés,
si mereces vivir yá,
porque la razon me dés,
que nadie por tí me dá,
de haber la Infanta gozado,
despues de haberla engañado,
traidor, y engañarme á mí
en España, pues te dí
la prenda que me has quitado.
No era, villano, mejor,
que con la Infanta casáras,
satisfaciendo su amor,
que no que à los dos quitáras,
à uno sangre, y à otro honor?

Isab. Aunque à todos os parezca
nuevo, que disculpe à hombre,
que tan culpado se ofrece
à vuestros ojos, señores.
No os espanteis que lo haga,
por grandes obligaciones,
que pienso deciros, quando
lauré mi frente corone.
Y asi digo, que si alguno
dixere, que gozó el Conde
à la Infanta, desde aqui
le reto, y desmiento à voces.
Verdad es, que está engañada
Dionisia, cuyos amores
fueron ciertos con Enrique,
en cuyo gusto conformes,
concertaron, que se viesen
en su aposento una noche,
à donde no acudió Enrique,
porque el Rey le echó en prisiones.
Yo que con él competia,
aunque nadie me conoce,
entré en su aposento obscuro,

hur-

hurtando señas, y nombre.
En fin, poniendo en las obras,
lo que quité à las razones,
le dí un Anillo por prenda
de los gozados favores,
con una piedra, en que impresas
se miran mis armas nobles,
que son cinco Flor de Lises,
y tres rapantes Leones.
Este que traigo, ella diga
si es suyo ò si le conoce, *dasele.*
que no lo podrá negar,
aunque confusa se pone.
Rey. Qué dices, Dionisia? *Dion.* Padre,
pregunta quién es ese hombre,
que en todo dice verdad.
Rey. Hombre, eres plebeyo, ò noble?
Octav. Una palabra, Soldado.
Isab. Duque, para qué te encoges?
Bien sabes tú, que esto es cierto.
Rey. Qué es esto, infame, traidores?
tú gozandola, y tú ingrato,
entendiendo, quándo, y dónde;
por el Cielo, que he de hacer::-
Octav. Paso, señor, no te enojes;
y tú, Soldado, que guardas
tan mala fé, siendo noble,
si luego no te desdices,
à todos diré tu nombre.
Isab. Diré yo Octavio, que fuiste,
para que venganza tome
el Rey, quien gozó su hija,
entrando por los balcones.
Que no soi yo, sino tú,
por mas que decirlo estorbes,
y tuyas son en Irlanda
estas Armas, y blasones.
Octav. Yo lo confieso, y te pido,
que la cabeza me cortes:
pero primero me dexa,
que este Soldado despoje.
Rey. Si mi hija está contenta,
que mi honor contigo cobre,
mejor será, Duque Octavio,
que con ella te desposes.
No solo daré mi Reyno,
mis Estados, mis honores,
á un Duque: pero à un Hidalgo,
que fuese en extremo pobre.
Octav. Pues, señor, quando te dixe,
que à Enrique echases prisiones,
sabe, que fue por gozar
de Dionisia aquesta noche.
Por esto estube seis años
desterrado de tu Corte;
mio es el Anillo, y Armas,
ò me mates, ò perdones.
Rey. Qué dices, Dionisia? *Dion.* Digo,
que yo fuí engañada entonces.
Y aunque el Duque merecia
la muerte por sus traiciones,
lo quiero por mi marido,
pues es mejor que me honre,
que no que tú, y yo quedemos
sin honra, y sin Succesores.
Rey. Dale la mano. *Octav.* Y el alma
à quien me estima, y escoge.
D. Juan. Duque, estás ya despachado?
Octav. Qué me mandas, General?
D. Juan. Oye:
Digo, que pues por tu causa
à mi madre mató el Conde,
te reto, y te desafio:
el campo, y armas escoge.
Octav. Eres muy niño, Don Juan;
mas si de tus Españoles
alguno sale, aqui estoi.
Cond. Ya mis canas te responden.
Octav. Conde ilustre, yá tus canas
es justo, que en todo el Orbe
se veneren, y respeten
por muchísimas razones.
D. Juan. Por viejo os dexan, Abuelo,
y à mí porque no soi hombre:
pesar de la barba, amen,
si en ella un peine me ponen,
yo le meteré en la barba.
Enr. Suplicoos, que se me otorgue
campo contra el fiero Duque:
mi agravio (ò Rey!) te provoque.
Por él maté yo à Isabela,
esta razon baste, y sobre,
para que con él me mate.
Octav. Eres preso, busca otro hombre.
Isab. Aora bien, aqui estoi yo.
Octav. Tú sí, que secretos rompes,
contigo acepto batalla
en mar, en campo, y en monte.

Isab.

Isab. No, sino aqui donde estamos.
Octav. Soi contento, al punto ponte:
mas dí primero la causa.
Isab. Qué causa? engañar al Conde.
Octav. Esa ya la he satisfecho,
sin causa me descompones,
marido soi de la Infanta.
Isab. Otras causas hay mayores.
Octav. Dilas. *Enr.* Que por tu ocasion
à Isabela el mundo llore.
Octav. Y si yo diese à Isabela
viva? *Enr.* Viva?
Octav. No te asombre:
tendrá Enrique libertad,
quedando todos conformes.
Isab. Quedaráslo, Conde? *Cond.* Digo,
que desde la popa al tope
cubrirán laurél mis Naves,
y haré que à España se tornen.
Octav. Pues alto, quedad amigos,
y à leva tu Armada toque,
que esta misma es Isabela. *Cond.* Quién?
Octav. La que mirais, señores,
que Fabio en la Mar la puso,
y ella asiendose à los bordes
de un barquillo, que anegado
vido à la orilla de un bosque,
por donde entraban à un rio:
y yo entre unos Pescadores
la ví, saqué, y la libré.
Cond. Hija? *Isab.* Señor?
D. Juan. Madre? *Isab.* Amores.
Enr. Esposa? *Isab.* Enrique? *Fab.* Milaños
los tres vivan, y se logren,
que Fabio os dá el parabien.
Enr. Mis brazos le reconocen.
Rey. Qué ruido de gente es esa?
Clen. Soldados deben de ser,
que traen una muger
de aquesas montañas presa.
Cond. Ya no hay guerra, todo es paz,
haced que la dexen luego.

Salen Lucindo, y Fenicio, que sacan preso à Polivio en ávito de muger.

Pol. Que me deis la muerte os ruego.
Luc. Anda, que eres pertinaz.
Cond. Qué es eso?
Luc. Este gentil-hombre,
que por huir de la guerra
andaba asi por la tierra.
Octav. Es Polivio? *Pol.* Ese es mi nombre.
Octav. Pues cómo vienes asi?
Pol. La Dama que llevé al Mar,
despues de muy bien brindar,
y que à mi placer dormí,
me dió aquesta madrugona:
yo por no andar como Adán
en el puro cordobán,
me he vestido de Amazona.
Isab. Conocesme? *Pol.* Sí, traidora,
mi vestido es ese. *Fab.* Ya
otro mejor te dará
la Condesa mi señora.
Pol. Qué Condesa? *Enr.* Mi muger.
Pol. Conde, y señor, perdonad.
Rey. Volvamos à la Ciudad
con este gusto y placer,
donde à Celinda con Fabio
un rico dote darémos.
Cel. Gran favor. *Rey.* Y casarémos
à Dionisia con Octavio.
Dion. Ya que todo se declara,
de aquella noche parí
una niña. *Cel.* Yo la ví,
que es vuestro retrato, y cara.
Rey. Esa quiero yo que sea
para Don Juan, y que herede
à Isabela. *D. Juan.* Todo eso puede
quien en serviros se emplea.
Isab. Conde amado. *Enr.* Amada esposa.
Pol. Señores, dexadme hablar.
Enr. Ya no, porque aqui ha de dár
fin la Fuerza Lastimosa.

F I N.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, Comedias antiguas, Tragedias, y Comedias nuevas, Autos, y Tonadillas. Año de 1792.